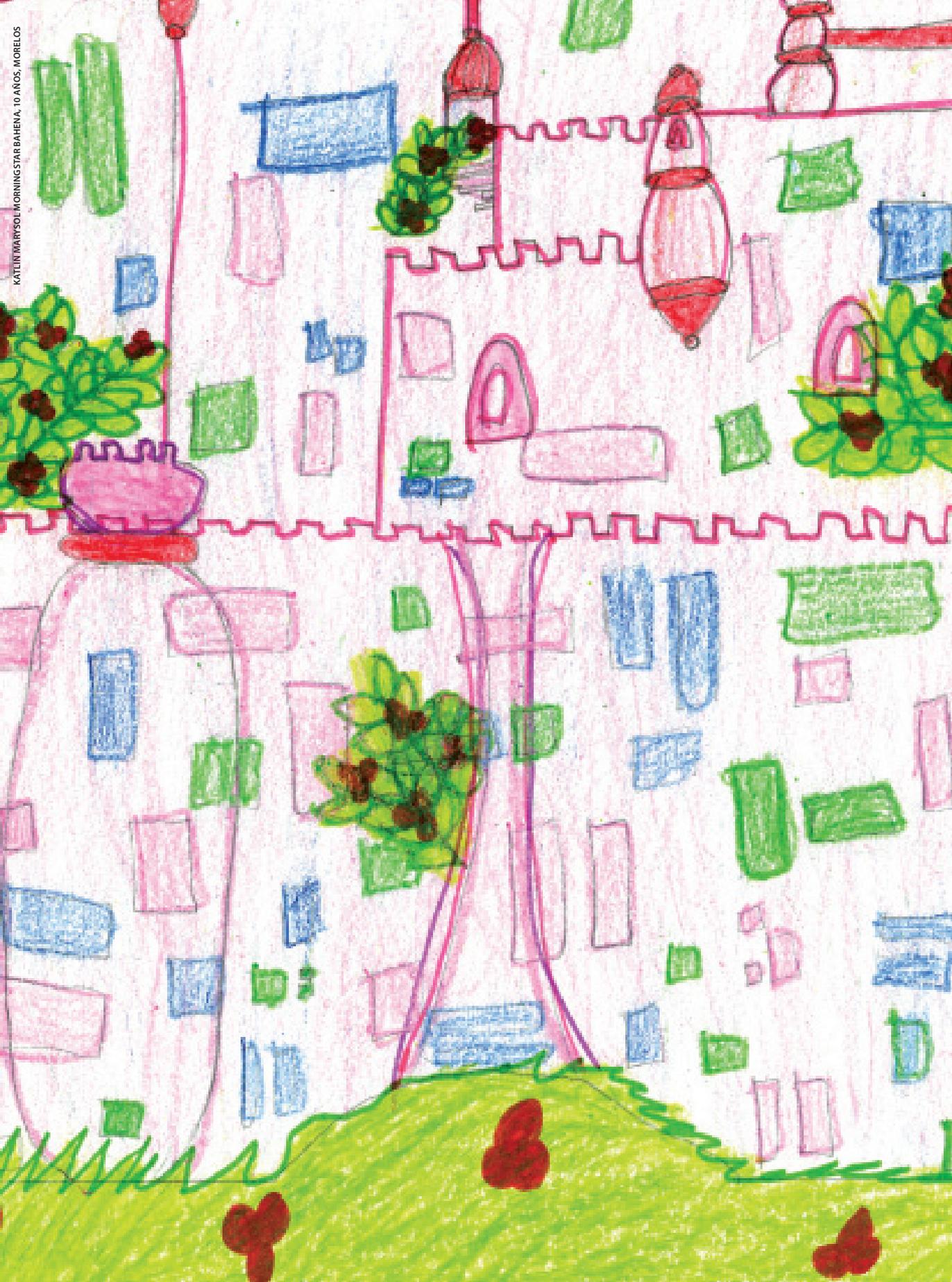


Del egoísmo a la generosidad:
Oscar Wilde para niños



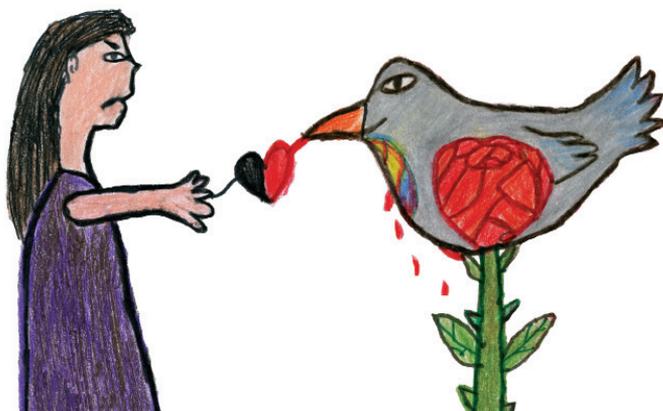
COLECCIÓN BIBLIOTECA INFANTIL
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Del egoísmo a la generosidad:
Oscar Wilde para niños

COLECCIÓN BIBLIOTECA INFANTIL
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Del egoísmo a la generosidad:

Oscar Wilde

para niños

Edición conmemorativa por el 160 aniversario natal
de Oscar Wilde



 **CONACULTA**
DIRECCIÓN GENERAL DE
BIBLIOTECAS

HANNIA HERNÁNDEZ LEJÍA, 10 AÑOS, COAHUILA



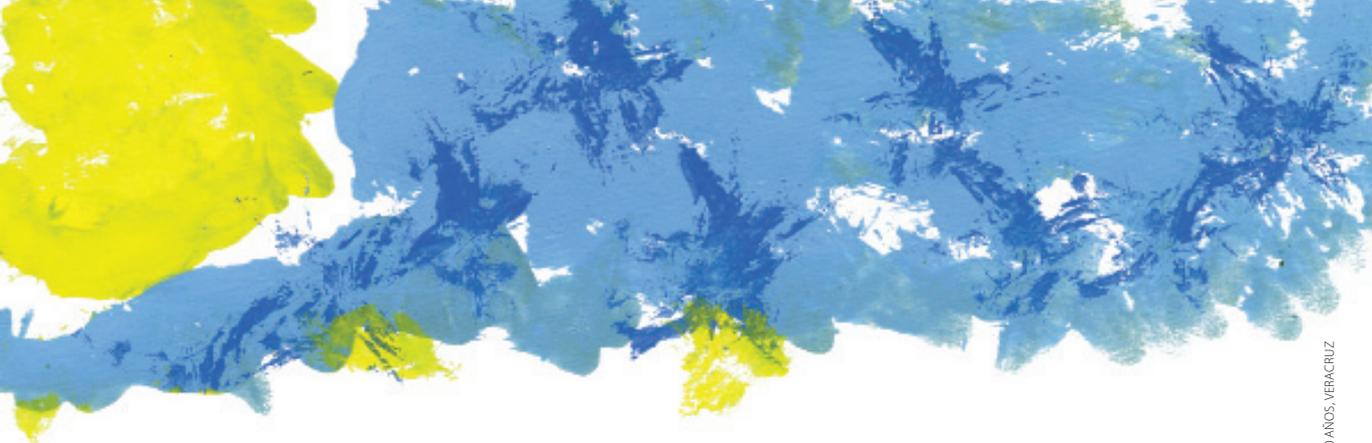
Del egoísmo a la generosidad: Oscar Wilde para niños
Primera edición, 2014

D.R. ©2014
Consejo Nacional para la Cultura y las Artes
Dirección General de Bibliotecas
Tolsá núm. 6, Centro, C.P. 06040, México, D.F.

ISBN: 978-607-8423-25-5

Impreso y hecho en México.

Edición no lucrativa para su distribución en las bibliotecas públicas
de la Red Nacional.



Índice

Presentación	9
El príncipe feliz	13
El famoso cohete	33
El ruiseñor y la rosa	53
El niño-estrella	69
El gigante egoísta	95
Semblanza de Oscar Wilde	109
Identificación de imágenes	110







Presentación

Hace 160 años el mundo vio nacer a uno de los autores más destacados de la historia: Oscar Wilde, a quien se reconoce como un brillante crítico social y uno de los máximos exponentes del esteticismo, cuya principal característica era la defensa de la importancia del arte en todos los aspectos de la vida: “Amad al arte por sí y entonces todo lo demás se os dará por añadidura”, afirmaba.

Este escritor irlandés facturó durante su corta vida —murió cuando contaba con sólo 46 años— obras tan famosas y recordadas como *El retrato de Dorian Gray*, *El abanico de Lady Windermere* y *La importancia de llamarse Ernesto*, fundamentales en la literatura de los últimos tres siglos y que han sido llevadas al cine con gran éxito, además de *Salomé*, que motivó al prestigioso compositor alemán Richard Strauss a componer una ópera homónima basada en esta pieza teatral de Wilde.

Conocido por su ingenio mordaz, su vestir extravagante y su brillante conversación, Wilde dedicó una serie de cuentos infantiles a sus hijos, recogidos en los libros *El príncipe feliz* y *La casa de las granadas*, con el convencimiento de que “es deber de todo padre escribir cuentos de hadas para sus hijos, y también para los adultos que aún mantienen las facultades, como los niños, para el asombro y la alegría, y que encuentran en la sencillez una sutil extrañeza.”

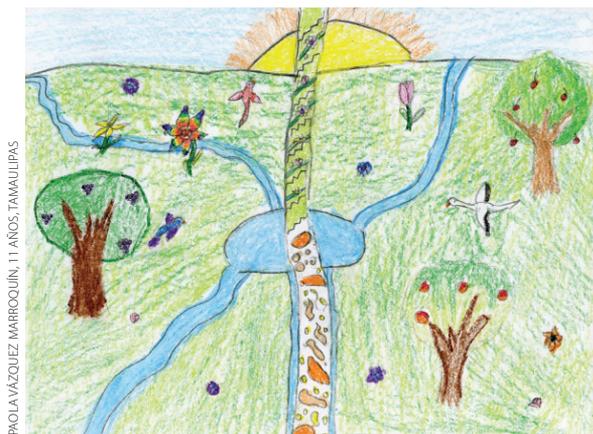
Se trata de historias maravillosas, con multitud de detalles que enriquecen los escenarios de los cuentos y las personalidades de los protagonistas, y en las que retoma valores que van desde la bondad,

la generosidad, la fidelidad, la humildad y el amor, hasta el egoísmo, la vanidad, el desprecio y la ignorancia, lo que sin duda conduce al lector a la reflexión sobre la condición humana.

Con el interés de poner al alcance de las nuevas generaciones obras trascendentales, como la de Oscar Wilde, que a más de un siglo después de su muerte continúa vigente, la Dirección General de Bibliotecas del Conaculta llevó a cabo por decimotercer año consecutivo su Concurso de lectura y dibujo infantil, en esta ocasión dedicado al autor de “El gigante egoísta”, cuyo resultado es el libro que ahora tienes en tus manos.

A las historias de Wilde las acompañan 110 dibujos de igual número de niños de 5 a 12 años de edad, seleccionados entre los 2,366 trabajos recibidos en el concurso, de 29 entidades del país: Aguascalientes, Baja California, Baja California Sur, Coahuila, Colima, Chiapas, Chihuahua, Durango, Estado de México, Guerrero, Hidalgo, Jalisco, Morelos, Nayarit, Nuevo León, Oaxaca, Puebla, Querétaro, Quintana Roo, San Luis Potosí, Sinaloa, Sonora, Tabasco, Tamaulipas, Tlaxcala, Veracruz, Yucatán, Zacatecas y la ciudad de México.

Este volumen, que se distribuye en todas las bibliotecas públicas de la Red Nacional, es un ejemplo palpable y significativo de la creatividad que cada niño puede desplegar a partir de su acercamiento placentero a la lectura y al arte, por medio de la expresión gráfica.

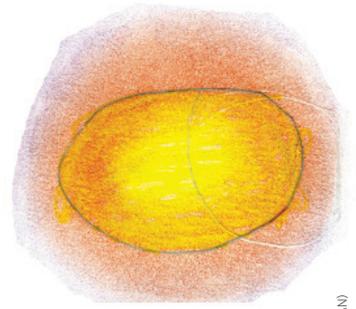


PAOLA VÁZQUEZ MARROQUÍN, 11 AÑOS, TAMAULIPAS





El príncipe feliz



En la parte más alta de la ciudad, sobre una columnita, se alzaba la estatua del príncipe feliz.

Estaba toda revestida de madreperla de oro fino.

Tenía a guisa de ojos, dos centelleantes zafiros y un gran rubí rojo ardía en el puño de su espada.

Por todo lo cual era muy admirada.

—¿Por qué no eres como el príncipe feliz? —preguntaba una madre cariñosa a su hijito, que pedía la luna—. El príncipe feliz no hubiera pensado nunca en pedir nada a voz en grito.

—Me hace dichoso ver que hay en el mundo alguien que es completamente feliz —murmuraba un hombre fracasado, contemplando la estatua maravillosa.

—Verdaderamente parece un ángel —decían los niños hospicianos al salir de la Catedral, vestidos con sus soberbias capas escarlatas y sus bonitas chaquetas blancas.

—¿Cómo lo saben —replicaba el profesor de matemáticas—, si no han visto uno nunca?

—¡Oh! Los hemos visto en sueños —respondieron los niños.

Y el profesor de matemáticas fruncía las cejas, adoptando un severo aspecto, porque no podía aprobar que unos niños se permitiesen soñar.

Una noche voló una golondrinita sin descanso hacia la ciudad.

Seis semanas antes habían partido sus amigas para Egipto, pero ella se quedó atrás.

Estaba enamorada del más hermoso de los juncos. Lo encontró al comienzo de la primavera, cuando volaba sobre el río persiguiendo una gran mariposa amarilla, y su talle esbelto la atrajo de tal modo, que se detuvo para hablarle.

—¿Quieres que te ame? —dijo la golondrina, que no se andaba nunca con rodeos.

Y el junco le hizo un profundo saludo.

Entonces, la golondrina revoloteó a su alrededor rozando el agua con sus alas y trazando estelas de plata.

Era su manera de hacer la corte. Y así transcurrió todo el verano.

Cuando llegó el otoño, todas las golondrinas emprendieron el vuelo.

Una vez que se fueron, su amiga se sintió muy sola y empezó a cansarse de su amante.





NAOMI VIDALI GERALDO GUERENA, 8 AÑOS, BAJA CALIFORNIA, SUR

—No sabe hablar —decía ella—. Y además temo que sea inconstante porque coquetea sin cesar con la brisa.

Y realmente, cuantas veces soplabla la brisa, el junco multiplicaba sus más graciosas reverencias.

—Veo que es muy casero —murmuraba la golondrina—. A mí me gustan los viajes. Por lo tanto, al que me ame, le debe gustar viajar conmigo.

—¿Quieres seguirme? —preguntó por último la golondrina al junco.

Pero el junco movió la cabeza. Estaba demasiado atado a su hogar.

—¡Te has burlado de mí! —le gritó la golondrina—.

Me marchó a las pirámides. ¡Adiós!

Y la golondrina se fue.

Voló durante todo el día y al caer la noche llegó a la ciudad.

—¿Dónde buscaré un abrigo? —se dijo—. Supongo que la ciudad habrá hecho preparativos para recibirme.

Entonces divisó la estatua sobre la columnita.

—Voy a cobijarme allí —gritó—. El sitio es bonito. Hay mucho aire fresco.

Y se dejó caer precisamente entre los pies del príncipe feliz.

—Tengo una habitación dorada —se dijo quedamente, después de mirar en torno suyo.

Y se dispuso a dormir.

Pero al ir a colocar su cabeza bajo el ala, he aquí que le cayó encima una pesada gota de agua.

—¡Qué curioso! —exclamó—. No hay una sola nube en el cielo, las estrellas están claras y brillantes, y sin embargo, llueve! El clima del norte de Europa es verdaderamente extraño.

Entonces cayó una nueva gota.

—¿Para qué sirve una estatua si no resguarda de la lluvia? —dijo la golondrina—. Voy a buscar un buen copete de chimenea.

Y se dispuso a volar más lejos. Pero antes de que abriese las alas, cayó una tercera gota.

La golondrina miró hacia arriba y vio... ¡Ah, lo que vio!

Los ojos del príncipe feliz estaban arrasados de lágrimas, que corrían sobre sus mejillas de oro.





Su faz era tan bella a la luz de la luna, que la golondrinita se sintió llena de piedad.

—¿Quién eres? —dijo.

—Soy el príncipe feliz.

—Entonces, ¿por qué lloriqueas de ese modo? —preguntó la golondrina—. Me has empapado casi.

—Cuando estaba yo vivo y tenía un corazón de hombre —replicó la estatua—, no sabía lo que eran las lágrimas porque vivía en el Palacio de la Despreocupación, en el que no se permite la entrada al dolor. Durante el día jugaba con mis compañeros en el jardín y por la noche bailaba en el gran salón. Alrededor del jardín se alzaba una muralla altísima, pero nunca me preocupó lo que había detrás de ella, pues todo cuanto me rodeaba era hermosísimo. Mis cortesanos me llamaban el príncipe feliz y, realmente, era yo feliz, si es que el placer es la felicidad. Así viví y así morí, y ahora que



JULIETA GUTIÉRREZ, 8 AÑOS, JALISCO



ÁNGEL GABRIEL, NOVELO ALBORNO, 9 AÑOS, YUCATÁN

estoy muerto me han elevado tanto, que puedo ver todas las fealdades y todas las miserias de mi ciudad, y aunque mi corazón sea de plomo, no me queda más recurso que llorar.

—¡Cómo! ¿No es de oro de buena ley? —pensó la golondrina para sus adentros, pues estaba demasiado bien educada para hacer ninguna observación en voz alta sobre las personas.

—Allí abajo —continuó la estatua con su voz baja y musical—, allí abajo, en una callejuela, hay una pobre vivienda. Una de sus ventanas está abierta y por ella puedo ver a una mujer sentada ante una mesa. Su rostro está enflaquecido y ajado. Tiene las manos hinchadas y enrojecidas, llenas de pinchazos de la aguja, porque es costurera. Borda pasionarias sobre un vestido de raso que debe lucir, en el próximo baile de la corte, la más bella de las damas de honor de la reina. Sobre un lecho, en el rincón del cuarto, yace su hijito enfermo. Tiene fiebre y pide naranjas. Su madre no puede darle más que agua del río. Por eso llora. Golondrina, golondrinita,



¿no quieres llevarle el rubí del puño de mi espada? Mis pies están sujetos al pedestal y no me puedo mover.

—Me esperan en Egipto —respondió la golondrina—. Mis amigas revolotean de aquí para allá sobre el Nilo y charlan con los grandes lotos.

—Golondrina, golondrina, golondrinita —dijo el príncipe—, ¿no te quedarás conmigo una noche y serás mi mensajera? ¡Tiene tanta sed el niño y tanta tristeza la madre!

La mirada del príncipe feliz era tan triste que la golondrinita se quedó apenada.

—Mucho frío hace aquí —le dijo—; pero me quedaré una noche contigo y seré tu mensajera.

—Gracias, golondrinita —respondió el príncipe.

Entonces la golondrinita arrancó el gran rubí de la espada del príncipe y llevándolo en el pico, voló sobre los tejados de la ciudad.

Pasó sobre la torre de la Catedral, donde había unos ángeles esculpidos en mármol blanco.

Pasó sobre el palacio real y oyó la música de baile.

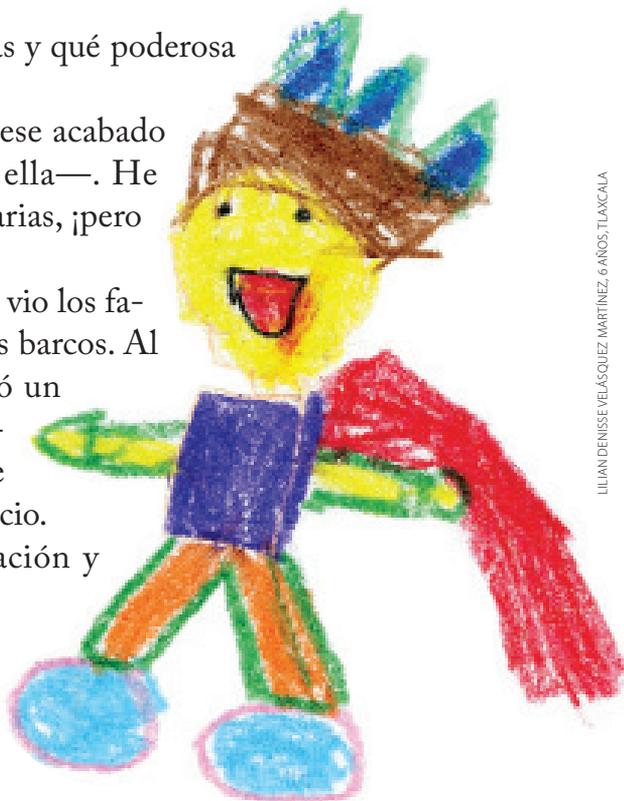
Una bella muchacha apareció en el balcón con su novio, quien dijo:

—¡Qué hermosas son las estrellas y qué poderosa es la fuerza del amor!

—Querría que mi vestido estuviese acabado para el baile oficial —respondió ella—. He mandado bordar en él unas pasionarias, ¡pero son tan perezosas las costureras!

La golondrina pasó sobre el río y vio los faros colgados en los mástiles de los barcos. Al fin llegó a la pobre vivienda y echó un vistazo dentro. El niño se agitaba febrilmente en su camita y su madre habíase quedado dormida de cansancio.

La golondrina saltó a la habitación y





puso el gran rubí en la mesa, sobre el dedal de la costurera. Luego revoloteó suavemente alrededor del lecho, abanicando con sus alas la cara del niño.

—¡Qué fresco más dulce siento! —murmuró el niño—. Debo estar mejor.

Y cayó en un delicioso sueño.

Entonces la golondrina se dirigió a todo vuelo hacia el príncipe feliz y le contó lo que había hecho.

—Es curioso —observó ella—, pero ahora casi siento calor y, sin embargo, hace mucho frío.

Al despuntar el alba voló hacia el río y tomó un baño.

—¡Notable fenómeno! —exclamó el profesor de ornitología que pasaba por el puente—. ¡Una golondrina en invierno!

—Esta noche parto para Egipto —se decía la golondrina.

Y sólo de pensarlo se ponía muy alegre.

Al salir la luna volvió a todo vuelo hacia el príncipe feliz.

—¿Tienes algún encargo para Egipto? —le gritó—. Voy a emprender la marcha.

—Golondrina, golondrina, golondrinita —dijo el príncipe—, ¿no te quedarás otra noche conmigo?

—Me esperan en Egipto —respondió la golondrina—. Mañana mis amigas volarán hacia la segunda catarata. Allí el hipopótamo se acuesta entre los juncos. A medio día, los rojizos leones bajan a beber a la orilla del río. Sus ojos son verdes aguamarinas y sus rugidos más atronadores que los rugidos de la catarata.

—Golondrina, golondrina, golondrinita —dijo el príncipe—, allá abajo al otro lado de la ciudad, veo a un joven en una bohardilla. Está inclinado sobre una mesa cubierta de papeles y en un vaso a su lado hay un ramo de violetas marchitas. Su pelo es negro y rizado y sus labios rojos como granos de granada. Tiene unos grandes ojos soñadores. Se esfuerza en terminar una





DIEGO ROMÁN MURILLO ARMENDARIZ, 9 AÑOS, CHIHUAHUA



obra para el director del teatro, pero siente demasiado frío para escribir más. No hay fuego ninguno en el aposento y el hambre le ha rendido.

—Me quedaré otra noche contigo —dijo la golondrina, que tenía realmente buen corazón—. ¿Debo llevarle otro rubí?

—¡Ay! No tengo más rubíes —dijo el príncipe—.

Mis ojos es lo único que me queda. Son unos zafiros extraordinarios traídos de la India hace un millar de años.

Arranca uno de ellos y llévaselo. Lo venderá a un joyero, se comprará alimentos y combustible y concluirá su obra.

—Amado príncipe —dijo la golondrina—, no puedo hacer eso. Y se echó a llorar.

—¡Golondrina, golondrina, golondrinita! —dijo el príncipe—. Haz lo que te pido.

Entonces la golondrina arrancó el ojo del príncipe y voló hacia la bohardilla del estudiante. Era fácil penetrar en ella porque había un agujero en el techo, y entró por él como una flecha.

El joven tenía la cabeza hundida en sus manos. No oyó el aleteo del pájaro y cuando levantó la cabeza, vio el hermoso zafiro colocado sobre las violetas marchitas.

—Empiezo a ser estimado —exclamó—. Esto proviene de algún rico admirador. Ahora ya puedo terminar mi obra.

Y parecía completamente feliz.

Al salir la luna, la golondrina volvió hacia el príncipe feliz.

—He venido para decirte adiós —le dijo.

—¡Golondrina, golondrina, golondrinita! —exclamó el príncipe—. ¿No te quedarás conmigo una noche más?

—Es invierno —replicó la golondrina— y pronto estará aquí la nieve glacial. En Egipto calienta el sol sobre las palmeras verdes. Mis compañeras construyen nidos en el templo de Baalbeck. Ama-

do príncipe, tengo que dejarte, pero no te olvidaré nunca y la primavera próxima te traeré de allá dos bellas piedras preciosas para sustituir las que diste. El rubí será más rojo que una rosa roja y el zafiro será tan azul como el océano.

—Allá abajo, en la plazoleta —contestó el príncipe feliz—, tiene su puesto una niña vendedora de cerillas. Se le han caído las cerillas al arroyo, estropeándose todas. Su padre le pegará si no lleva algún dinero a casa, y está llorando. No tiene ni medias ni zapatos y lleva la cabecita al descubierto. Arráncame el otro ojo, dáselo y su padre no le pegará.

—Pasaré otra noche contigo —dijo la golondrina—, pero no puedo arrancarte el ojo porque entonces quedarías ciego del todo.

—¡Golondrina, golondrina, golondrinita! —dijo el príncipe—. Haz lo que te mando.

Entonces la golondrina arrancó el segundo ojo del príncipe y emprendió el vuelo llevándose lo.



ARTURO VELASCO MUÑOZ, 10 AÑOS; DISTRITO FEDERAL, (BENITO JUÁREZ)



Se posó sobre el hombro de la vendedorcita de cerillas y deslizó la joya en la palma de su mano.

—¡Qué bonito pedazo de cristal! —exclamó la niña.

Y corrió a su casa muy alegre.

Entonces la golondrina volvió de nuevo hacia el príncipe.

—Ahora estás ciego. Por eso me quedaré contigo para siempre.

—No, golondrinita —dijo el pobre príncipe—. Tienes que ir a Egipto.

—Me quedaré contigo para siempre —dijo la golondrina.

Y se durmió entre los pies del príncipe. Al día siguiente, se colocó sobre el hombro del príncipe y le refirió lo que había visto en países extraños.

Le habló de los ibis rojos que se sitúan en largas filas a orillas del Nilo y pescan a picotazos peces de oro; de la Esfinge que es tan vieja como el mundo, vive en el desierto y lo sabe todo; de los mer-

caderes que caminan lentamente junto a sus camellos, pasando las cuentas de unos rosarios de ámbar, en sus manos; del rey de las montañas de la luna, que es negro como el ébano y que adora un gran bloque de cristal; de la gran serpiente verde que duerme en una palmera y a la cual están encargados de alimentar con pastelitos de miel veinte sacerdotes; y de los pigmeos que navegan por un gran lago sobre anchas hojas aplastadas y están siempre en guerra con las mariposas.

—Querida golondrinita —dijo el príncipe—, me cuentas cosas maravillosas, pero más maravilloso aún es lo que soportan los hombres y las mujeres. No hay misterio más grande que la miseria. Vuela por mi ciudad, golondrinita, y dime lo que ves.

Entonces la golondrinita voló por la gran ciudad y vio a los ricos que se festejaban en sus magníficos palacios, mientras los mendigos estaban sentados a sus puertas.

Voló por los barrios sombríos y vio las pálidas caras de los niños que se morían de hambre, mirando con apatía las calles negras.

Bajo los arcos de un puente estaban acostados dos niños abrazándose uno a otro para calentarse.

—¡Qué hambre tenemos! —decían.

—¡No se puede estar tumbado aquí! —les gritó un guardia.

Y se alejaron bajo la lluvia.

Entonces la golondrina reanudó su vuelo y fue a contar al príncipe lo que había visto.



—Estoy cubierto de oro fino —dijo el príncipe—; despréndelo hoja por hoja y dáselo a mis pobres. Los hombres creen siempre que el oro puede hacerlos felices.

Hoja por hoja arrancó la golondrina el oro fino hasta que el príncipe feliz se quedó sin brillo ni belleza.

Hoja por hoja lo distribuyó entre los pobres y las caritas de los niños se tornaron nuevamente sonrosadas y rieron y jugaron por la calle.

—¡Ya tenemos pan! —gritaban.

Entonces llegó la nieve y después de la nieve el hielo.

Las calles parecían empedradas de plata por lo que brillaban y relucían.

Largos carámbanos, semejantes a puñales de cristal, pendían de los tejados de las casas. Todo el mundo se cubría de pieles y los niños llevaban gorritos rojos y patinaban sobre el hielo.

La pobre golondrinita tenía frío, cada vez más frío, pero no quería abandonar al príncipe: le amaba demasiado para hacerlo.

Picoteaba las migas a la puerta del panadero cuando éste no la veía, e intentaba calentarse batiendo las alas.

Pero, al fin, sintió que iba a morir. No tuvo fuerzas más que para volar una vez sobre el hombro del príncipe.

—¡Adiós, amado príncipe! —murmuró—. Permite que te bese la mano.

—Me da mucha alegría que partas por fin para Egipto, golondrinita —dijo el príncipe—. Has permanecido aquí demasiado tiempo. Pero tienes que besarme los labios porque te amo.

—No es a Egipto a donde voy a ir —dijo la golondrina—. Voy a ir a la morada de la muerte. La muerte es la hermana del sueño, ¿verdad?





Y besando al príncipe feliz en los labios, cayó muerta a sus pies. En el mismo instante, sonó un extraño crujido en el interior de la estatua como si se hubiera roto algo.

El hecho es que la coraza de plomo se había partido en dos. Realmente hacía un frío terrible.

A la mañana siguiente, muy temprano, el alcalde se paseaba por la plazoleta con los concejales de la ciudad.

Al pasar junto al pedestal, levantó los ojos hacia la estatua.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Qué andrajoso parece el príncipe feliz!

—¡Sí, está verdaderamente andrajoso! —dijeron los concejales de la ciudad, que eran siempre de la opinión del alcalde.

Y levantaron ellos también la cabeza para mirar la estatua.

—El rubí de su espada se ha caído y ya no tiene ojos, ni es do-



rado —dijo el alcalde—. En resumidas cuentas, que está lo mismo que un pordiosero.

—¡Lo mismo que un pordiosero! —repitieron a coro los concejales.

—Y tiene a sus pies un pájaro muerto —prosiguió el alcalde—. Realmente habrá que promulgar un bando prohibiendo a los pájaros que mueran aquí.

Y el secretario del Ayuntamiento tomó nota de aquella idea.

Entonces fue derribada la estatua del príncipe feliz.

—¡Al no ser ya bello, de nada sirve! —dijo el profesor de estética de la Universidad.

Entonces fundieron la estatua en un horno y el alcalde reunió al concejo en sesión para decidir lo que debía hacerse con el metal.

—Podíamos —propuso— hacer otra estatua. La mía, por ejemplo.

—O la mía —dijo cada uno de los concejales.

Y acabaron disputando.

—¡Qué cosa más rara! —dijo el oficial primero de la fundi-

ción—. Este corazón de plomo no quiere fundirse en el horno; habrá que tirarlo como desecho.

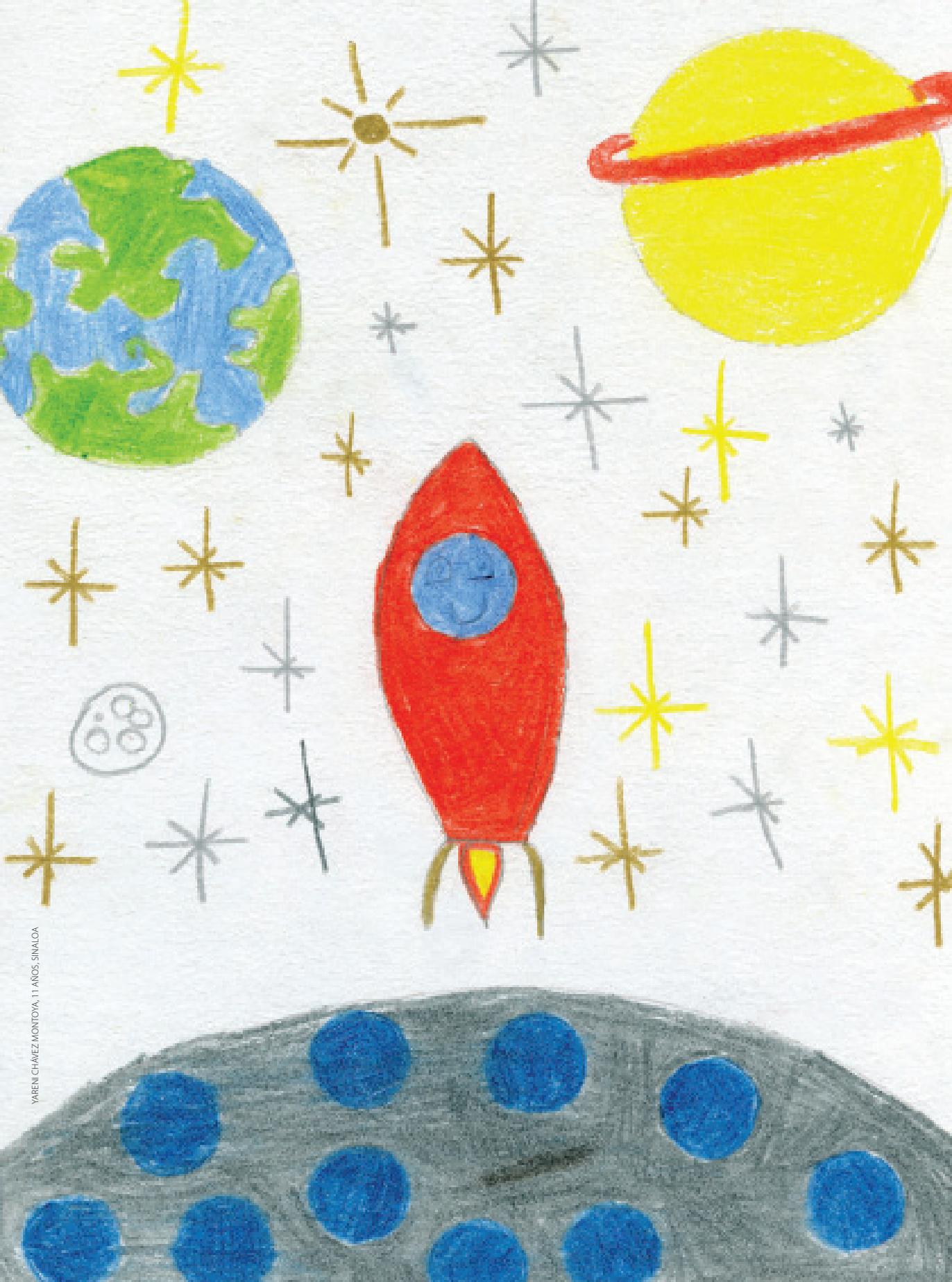
Los fundidores lo arrojaron al montón de basura en que yacía la golondrina muerta.

—Tráeme las dos cosas más preciosas de la ciudad —dijo Dios a uno de sus ángeles.

Y el ángel le llevó el corazón de plomo y el pájaro muerto.

—Has elegido bien —dijo Dios—. En mi jardín del Paraíso este pajarillo cantará eternamente, y en mi ciudad de oro el príncipe feliz repetirá mis alabanzas.





El famoso cohete



El hijo del rey estaba en vísperas de casarse. Con este motivo el regocijo era general.

Estuvo esperando un año entero a su prometida, y al fin llegó ésta.

Era una princesa rusa que había hecho el viaje desde Finlandia en un trineo tirado por seis renos, que tenía la forma de un gran cisne de oro; la princesa iba acostada entre las alas del cisne.

Su largo manto de armiño caía recto sobre sus pies. Llevaba en la cabeza un gorrito de tisú de plata y era pálida como el palacio de nieve en que había vivido siempre.

Era tan pálida, que al pasar por las calles, se quedaba admirada la gente.

—Parece una rosa blanca —decían.

Y le echaban flores desde los balcones.

A la puerta del castillo estaba el príncipe para recibirla. Tenía unos ojos violeta y soñadores y sus cabellos eran como oro fino.

Al verla, hincó una rodilla en tierra y besó su mano.

—Tu retrato era bello —murmuró—. Pero eres más bella que tu retrato.

Y la princesita se ruborizó.

—Hace un momento parecía una rosa blanca —dijo un pajecillo a su vecino—, pero ahora parece una rosa roja.

Y toda la corte se quedó extasiada.

Durante los tres días siguientes todo el mundo no cesó de repetir:



—¡Rosa blanca, rosa roja! ¡Rosa roja, rosa blanca!

Y el rey ordenó que diesen doble paga al paje.

Como él no percibía paga alguna, su posición no mejoró mucho por eso; pero todos lo consideraron como un gran honor y el real decreto fue publicado con todo requisito en la *Gaceta de la Corte*.

Transcurridos aquellos tres días, se celebraron las bodas. Fue una ceremonia magnífica.

Luego se celebró un banquete oficial que duró cinco horas. Después del banquete hubo baile.

Los recién casados debían bailar juntos la danza de las rosas, y el rey tenía que tocar la flauta.

La tocaba muy mal, pero nadie se había atrevido a decírselo nunca, porque era el rey.

El último número del programa consistía en unos fuegos artificiales que debían empezar exactamente a media noche.

La princesita no había visto fuegos artificiales en su vida. Por eso el rey encargó al pirotécnico real que pusiera en juego todos los recursos de su arte el día del casamiento de la princesa.

—¿A qué se parecen los fuegos artificiales? —preguntó ella al príncipe, mientras se paseaban por la terraza.

—Se parecen a la aurora boreal —dijo el rey, que respondía siempre a las preguntas dirigidas a los demás—. Sólo que son más naturales. Ya lo verás...

Así pues, levantaron un tablado en el fondo del jardín real, y no bien acabó de prepararlo todo el pirotécnico real, cuando los fuegos artificiales se pusieron a charlar entre sí.

—El mundo es seguramente muy hermoso —dijo un pequeño buscapiés—. Me alegro mucho de haber viajado. Los viajes desarrollan el espíritu de una manera asombrosa y acaban con todos los prejuicios que haya podido uno conservar.

—El jardín del rey no es el mundo, joven alocado —dijo una gruesa candela romana—. El mundo es una extensión enorme y necesitarías tres días para recorrerlo por entero.

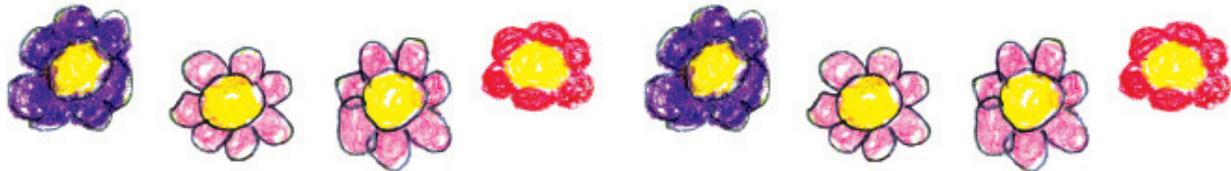
—Todo lugar que amamos es para nosotros el mundo —dijo una rueda unida en otro tiempo a una vieja caja de pino y muy orgullosa de su corazón destrozado—; pero el amor no está de moda; los poetas lo han matado. Han escrito tanto sobre él, que nadie les cree ya, cosa que no me extraña. El verdadero amor sufre y calla...

—¡Qué estupidez! —exclamó la candela romana—. La novela no muere nunca. ¡Se parece a la luna: vive siempre! Realmente, los recién casados se aman tiernamente. He sabido todo lo concerniente a ellos esta mañana por un cartucho de papel oscuro que estaba en el mismo cajón que yo y que sabe las últimas noticias de la corte.

De pronto se oyó una tos fuerte y seca y todos miraron a su alrededor. Era un pequeño cohete de altivo continente atado a la punta de un palo. Tosía siempre antes de hacer una advertencia, como para llamar la atención.

—¡Ejem! ¡Ejem! —exclamó.





Y todo el mundo se dispuso a escucharle, menos la pobre rueda, que seguía moviendo la cabeza y murmurando:

¡El romanticismo ha muerto!

—¡Orden! ¡Orden! —gritó un petardo.

¡Ha muerto del todo! —suspiró la rueda. Y se volvió a dormir.

No bien se restableció por completo el silencio, el cohete tosió por tercera vez y comenzó. Hablaba con una voz clara y lenta, como si dictase sus memorias, y miraba siempre por encima del hombro a la persona a quien se dirigía. Realmente, tenía unos modales distinguidísimos.

—¡Qué feliz es el hijo del rey —observó— por casarse el mismo día en que me van a disparar! Ni preparándolo de antemano podría resultar mejor para él; aunque los príncipes siempre tienen suerte.

—¿Ah, sí? —dijo el pequeño buscapiés—. Yo creí que era precisamente lo contrario y que era a ti a quien se disparaba en honor del príncipe.

—Ése quizás sea tu caso —replicó el cohete—. Casi se diría que estoy seguro de ello; pero en cuanto a mí, es ya diferente. Soy un cohete distinguido y desciendo de padres igualmente distinguidos. Mi madre era la girándula más célebre de su época. Tenía fama por la gracia de su danza. Cuando hizo su gran aparición en público, dio diecinueve vueltas antes de apagarse, lanzando por el aire siete estrellas rojas a cada vuelta. Tenía tres pies y medio de diámetro y estaba fabricada con pólvora de la mejor. Mi padre era cohete como yo y de origen francés. Volaba tan alto, que la gente temía que no volviese a descender. Descendía, sin embargo, porque era de excelente constitución e hizo una caída brillantísima, en forma de lluvia, de chispas de oro. Los periódicos se ocuparon de él en términos muy halagüeños, y hasta la *Gaceta de la Corte* dijo que “señalaba el triunfo del arte *pilotécnico*”.

—Pirotécnico, pirotécnico querrás decir —interrumpió una bengala—. Sé que es pirotécnico porque he visto la palabra escrita sobre mi caja de hoja de lata.



YANENSY ISABEL CASTROVILLA, 9 AÑOS, SINALOA



MANUEL OCHOA JARRILLO, 6 AÑOS, TABASCO

—Pues yo digo *pilotécnico* —replicó el cohete en tono severo.
Y la bengala se quedó tan apabullada, que empezó inmediatamente a mortificar a los buscapiés pequeños para demostrar que ella también era una persona de bastante importancia.
—Decía yo... —prosiguió el cohete—, decía yo... ¿qué es lo que yo decía?
—Hablabas de ti mismo —repuso la candela romana.
—Naturalmente. Sé que hablaba de alguna cosa interesante cuando he sido tan groseramente interrumpido. Odio la grosería y las malas maneras, porque soy extremadamente sensible. No hay nadie en el mundo tan sensible como yo, estoy seguro de ello.
—¿Qué es una persona sensible? —preguntó el petardo a la candela romana.





—Una persona que porque tiene callos pisa siempre los pies a los demás —respondió la candela en un débil murmullo.

Y el petardo casi estalló de risa.

—¡Perdón! ¿De qué te ríes? —preguntó el cohete—. Yo no me río.

—Me río porque soy feliz —replicó el petardo.

—Es un motivo bien egoísta —dijo el cohete con ira—. ¿Qué derecho tienes para ser feliz? Deberías pensar en los demás, deberías pensar en mí. Yo pienso siempre en mí y creo que todo el mundo debería hacer lo mismo. Eso es lo que se llama simpatía. Es una hermosa virtud y yo la poseo en alto grado. Supongan, por ejemplo, que me sucede un percance esta noche. ¡Qué desgracia para todo el mundo! El príncipe y la princesa no podrían ya ser felices: se habría acabado su vida de matrimonio. En cuanto al rey, creo que no podría soportarlo. Realmente, cuando empiezo a pensar en la importancia de mi papel, me emociono hasta casi llorar.

—Si quieres agradecer a los demás —exclamó la candela romana—, harías mejor en mantenerte en seco.

—¡Ciertamente! —exclamó la bengala, que no estaba de muy buen humor—, eso es sencillamente de sentido común.

—¿Crees que es de sentido común? —replicó el cohete indignado—. Olvidas que yo no tengo nada común y que soy muy distinguido. ¡A fe mía todo el mundo puede tener sentido común con tal de carecer de imaginación! Pero yo tengo imaginación, porque nunca veo las cosas como son. Las veo siempre muy diferentes de lo que son. En cuanto a eso de mantenerme en seco, es que no hay

aquí, con toda seguridad, nadie que sepa apreciar a fondo un temperamento delicado. Pero ninguno de ustedes tiene corazón. Gritan y se regocijan como si el príncipe y la princesa no estuviesen celebrando sus bodas.

—¡Eh! —exclamó un pequeño globo de fuego—. ¿Y por qué no? Es una alegre ocasión y cuando estalle yo en el aire pienso comunicárselo a todas las estrellas. Ya verán cómo brillarán cuando les hable de la bella recién casada.

—¡Oh, qué concepto más banal de la vida! —dijo el cohete—, pero no me esperaba yo menos. No hay nada en ti. Eres hueco y vacío. ¡Bah! Quizás el príncipe y la princesa se vayan a vivir a un país en que haya un río profundo, quizás tengan un solo hijo, un pequeñuelo de pelo rizado, y de ojos violeta como los del príncipe. Quizás vaya algún día a pasearse con su nodriza. Quizás la nodriza se duerma debajo de un gran sauce. Quizás el niño se caiga al río y se ahogue. ¡Qué terrible desgracia! ¡Los pobres perder su hijo único! Es terrible, realmente. No podré soportarlo nunca.

—Pero no han perdido su hijo único —dijo la candela romana—. No les ha sucedido ninguna desgracia.

—No he dicho que les haya sucedido —replicó el cohete—. He dicho que podía sucederles. Si hubiesen perdido a su hijo único, sería inútil decir nada sobre el suceso. Detesto a las personas que lloran por su cántaro de leche roto. Pero cuando pienso que han perdido a su hijo único, me siento verdaderamente tristísimo.

—Ya lo veo —exclamó la bengala—. Realmente eres la persona más afectada que he visto en mi vida.

—Y tú la persona más grosera que he conocido —dijo el cohete—. No puedes comprender mi afecto por el príncipe.

—¡Bah! Ni siquiera le conoces... —chisporroteó la candela romana.

—No, nunca dije que le conociera —respondió el cohete—. Me atrevo a decir que si lo conociera no sería de ningún modo amigo suyo. Es cosa peligrosa conocer uno a sus amigos.





—Mejor harías en mantenerte en seco —dijo el globo de fuego—. Eso es lo más importante.

—Para ti no dudo que será importantísimo —respondió el cohete—. Pero lloraré si me viene en gana.

Y el cohete estalló en lágrimas que corrieron sobre su vara en gotas de lluvia, ahogando casi a dos pequeños escarabajos que pensaban en fundar una familia y buscaban un bonito sitio seco para instalarse.

—Debe tener un temperamento verdaderamente romántico, pues llora cuando no hay por qué llorar —dijo la rueda.

Entonces apareció la luna como un soberbio escudo de plata y

las estrellas comenzaron a brillar y llegaron al palacio los sones de la música.

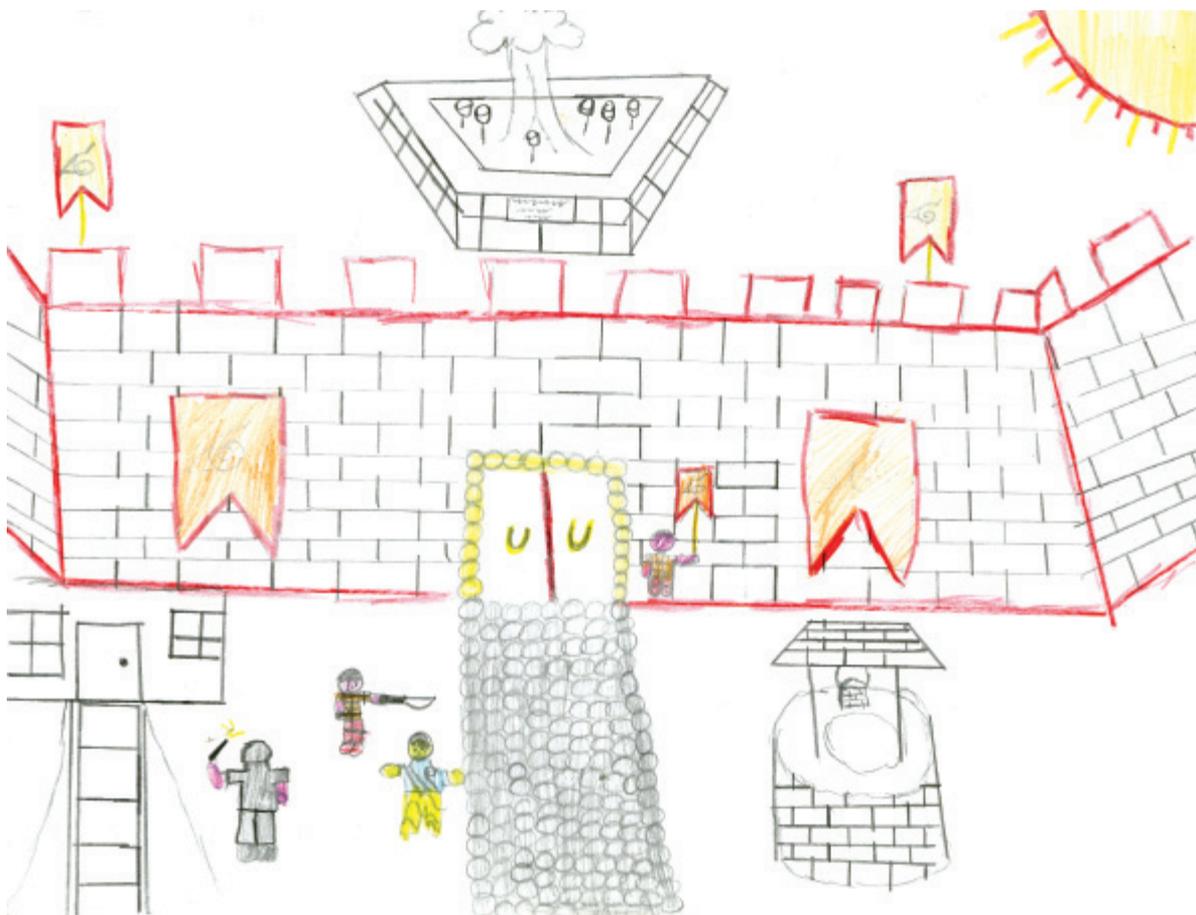
El príncipe y la princesa dirigían el baile. Bailaban tan bien que los pequeños lirios blancos echaban un vistazo por la ventana contemplándolos, y las grandes amapolas rojas movían la cabeza, llevando el compás.

En aquel momento sonaron las diez, luego las once y luego las doce, y a la última campanada de media noche, todo el mundo fue a la terraza y el rey hizo llamar al pirotécnico real.

—Empiecen los fuegos artificiales —dijo el rey.

Y el pirotécnico real hizo un profundo saludo y se dirigió al fondo del jardín. Tenía seis ayudantes. Cada uno llevaba una antorcha encendida sujeta a la punta de una larga pértiga.

Fue realmente una soberbia irradiación de luz.



—¡Ssss! ¡Ssss! —hizo la rueda que empezó a girar.

—¡Bum! ¡Bum! —replicó la candela romana.

Entonces los buscapiés entraron en danza y las bengalas colorearon todo de rojo.

—¡Adiós! —gritó el globo de fuego mientras se elevaba haciendo llover chispitas azules.

—¡Bang! ¡Bang! —respondieron los petardos, que se divertían muchísimo.

Todos tuvieron un gran éxito, menos el cohete. Estaba tan húmedo por haber llorado que no pudo arder. Lo mejor que había en él era la pólvora y ésta se hallaba tan mojada por las lágrimas que estaba inservible. Toda su pobre parentela, a la que no se dignaba hablar sin una sonrisa despectiva, produjo un gran alboroto por el cielo, como si fuesen magníficos ramilletes de oro floreciendo en fuego.

—¡Bravo! ¡Bravo! —gritaba la corte.

Y la princesita reía de placer.

—Creo que me reservan para alguna gran ocasión —dijo el cohete—. Indudablemente es eso.

Y miraba a su alrededor con aire más orgulloso que nunca.

Al día siguiente, vinieron los obreros a colocarlo todo de nuevo en su sitio.

—Evidentemente es una comisión —se dijo el cohete—. Los recibiré con una tranquila dignidad.

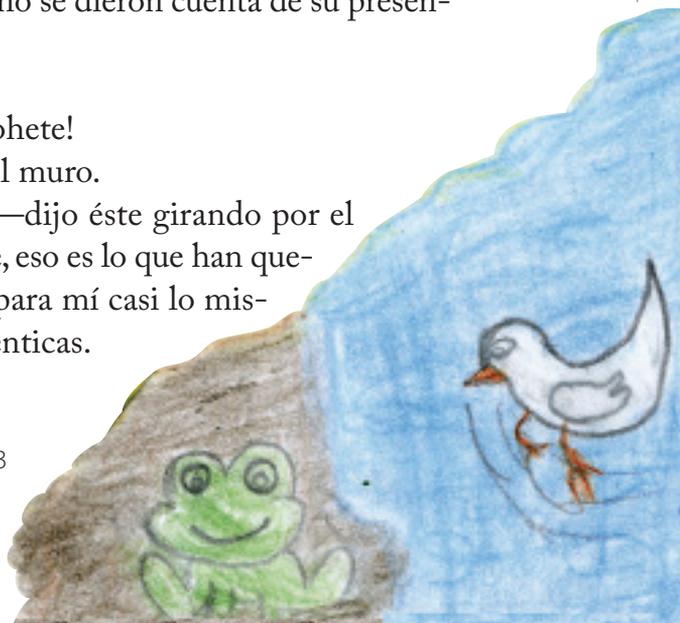
Y engallándose empezó a fruncir las cejas como si pensase en algo importante. Pero los obreros no se dieron cuenta de su presencia hasta dejarlo atrás.

Entonces uno de ellos lo vio.

—¡Ah! —gritó—. ¡Qué mal cohete!

Y le tiró al paso por encima del muro.

—¡Mal cohete! ¡Mal cohete! —dijo éste girando por el aire—. ¡Imposible! Famoso cohete, eso es lo que han querido decir. Mal y famoso suenan para mí casi lo mismo, y a veces ambas cosas son idénticas.





PALOMA YAMILLETH ARREOLA CASTILLO, 11 AÑOS, CHIHUAHUA

Y cayó en el lodo.

—No es esto muy cómodo —observó—, pero sin duda es algún balneario de moda a donde me han enviado para que reponga mi salud. Mis nervios están muy desgastados y necesito descanso.

Entonces una ranita de ojillos brillantes y de traje verde moteado, nadó hacia él.

—Ya veo que es un recién llegado —dijo la rana—. ¡Bueno! Después de todo no hay nada como el fango. Dame un tiempo lluvioso y un hoyo y soy completamente feliz... ¿Crees que la tarde será calurosa? Así lo espero, porque el cielo está todo azul y despejado. ¡Qué lástima!

—¡Ejem! ¡Ejem! —profirió el cohete tosiendo.

—¡Qué voz más deliciosa tienes! —gritó la rana—. Parece el croar de una rana y croar es la cosa más musical del mundo. Ya oírás nuestros coros esta noche. Ayer, sin ir más lejos, oí a la mujer del colono decir a la madre que no pudo dormir ni un segundo

durante la noche por nuestra causa. Es muy agradable ver lo popular que es una.

¡Ejem! ¡Ejem! —dijo el cohete.

Estaba muy molesto de no poder salir de su mutismo.

—¡Sí, una voz deliciosa! —prosiguió la rana—. Espero que vengas al estanque de los patos. Voy a echar un vistazo a mis hijas. Tengo seis hijas soberbias y me inquieta mucho que el sollo tope con ellas... Es un verdadero monstruo y no sentiría el menor escrúpulo en jamárselas. Así es que ¡adiós! Me agrada mucho tu conversación, te lo aseguro.

—¿Y llamas conversación a esto? —dijo el cohete—. Has charlado tú sola todo el rato. Eso no es conversación.

—Alguien tiene que escuchar siempre —replicó la rana—, y a



LESLIE GONZALEZ CANO, 11 AÑOS, CHIQUAHUA

mí me gusta llevar la voz cantante en la conversación. Así se ahorra tiempo y se evitan disputas.

—Pues a mí me gusta la discusión —dijo el cohete.

—No lo creo —replicó la rana con aire compasivo—. Las discusiones son completamente vulgares, porque en la buena sociedad todo el mundo tiene exactamente las mismas opiniones. Adiós otra vez. Veo a mis hijas allá abajo.

Y la ranita se puso a nadar nuevamente.

—Eres una persona antipática —dijo el cohete—, y mal educada. Detesto a la gente que habla de sí misma como tú, cuando necesita uno hablar de uno mismo, como en mi caso. Eso es lo que se llama egoísmo y el egoísmo es una cosa aborrecible, sobre todo para los que son como yo, pues bien conocen todos mi carácter simpático. Deberías tomar ejemplo de mí. No podrías encontrar un modelo mejor. Ahora que tienes esa oportunidad, aprovéchala sin



CYNTHIA ÁVILA SANTOS, 10 AÑOS, DISTRITO FEDERAL (CUAJIMALPA)

tardanza, porque voy a volver a la corte en seguida. Soy muy estimado en la corte. Ayer, el príncipe y la princesa se casaron en mi honor. Seguramente no estás enterada de nada de esto, ¡como eres provinciana!



—¡No te molestes en hablarle! —dijo una libélula posada en la punta de una espadaña—. Se ha ido.

Y desplegando sus lindas alas de gasa, la libélula se elevó hacia el cielo.

—¡Qué necesidad demuestra al no quedarse aquí! —dijo el cohete—. Estoy seguro de que no habrá tenido muy a menudo la oportunidad de educar su espíritu; aunque después de todo me es igual. Un genio como el mío será apreciado con toda seguridad algún día.

Y se hundió un poco más en el fango.

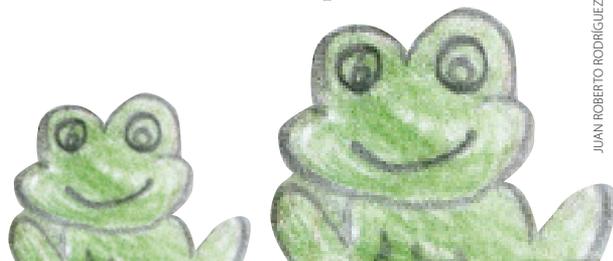
Pasado un rato, una gran pata blanca nadó hacia él. Tenía las patas amarillas, los pies palmeados y la consideraban como una gran belleza por su contoneo.

—¡Cuac!, ¡cuac!, ¡cuac! —dijo—. ¡Qué tipo más raro tienes! ¿Puedo preguntarte si has nacido aquí o si es de resultas de algún accidente?

—¡Cómo se ve que has vivido siempre en el campo! De otro modo sabrías quién soy. Sin embargo, disculpo tu ignorancia. Sería descabellado querer que los demás fueran tan extraordinarios como uno mismo. Sin duda te sorprenderá saber que vuelo por el cielo y que caigo en una lluvia de chispas de oro.

—No lo considero muy estimable —dijo la pata—, pues no veo en qué puede ser eso útil a nadie. ¡Ah! Si araras los campos como un buey; si arrastraras un carro como el caballo; si guardaras un rebaño como el perro del ganado, entonces ya sería otra cosa.

—Buena mujer —dijo el cohete con tono muy altivo—, veo que perteneces a la clase baja. Las personas de mi rango no sirven nunca para nada. Tenemos un encanto especial y con eso basta. Yo mismo no siento la menor inclinación por ningún trabajo y menos aún por esa clase de trabajos que enumeras. Además, siempre he





sido de opinión que el trabajo rudo es simplemente el refugio de la gente que no tiene otra cosa que hacer en la vida.

—¡Bien, bien! —dijo la pata, que era de temperamento pacífico y no reñía nunca con nadie—. Cada cual tiene gustos diferentes. De todas maneras, deseo que vengas a establecer aquí tu residencia.

—¡Nada de eso! —exclamó el cohete—. Soy un visitante, un visitante distinguido y nada más. El hecho es que encuentro este sitio muy aburrido. No hay aquí ni sociedad ni soledad. Resulta completamente de barrio bajo... Volveré seguramente a la corte, pues estoy destinado a causar sensación en el mundo.

—Yo también pensé en entrar en la vida pública —observó la pata—. ¡Hay tantas cosas que piden reforma! Así pues, presidí, no hace mucho, un mitin en el que votamos unas proposiciones condenando todo lo que nos desagrada. Sin embargo, no parecen haber surtido gran efecto. Ahora me ocupo de cosas domésticas y velo por mi familia.

—Yo he nacido para la vida pública y en ella figuran todos mis



MELISSA NAOMI REYES MUÑOZ, 11 AÑOS, CHIHUAHUA

parientes, hasta los más humildes. Allí donde aparecemos, llamamos extraordinariamente la atención. Esta vez no he figurado personalmente, pero cuando lo hago, resulta un espectáculo magnífico. En cuanto a las cosas domésticas, hacen envejecer y apartan el espíritu de otras cosas más altas.

—¡Oh, qué bellas son las cosas altas de la vida! —dijo la pata—. ¡Esto me recuerda el hambre que tengo!

Y la pata volvió a nadar por el río, continuando sus ¡cuac... cuac... cuac...!

—¡Vuelve, vuelve! —gritó el cohete—. Tengo muchas cosas que decirte.

Pero la pata no le hacía caso ninguno.

—Me alegro de que se haya ido. Tiene realmente un espíritu mediocre.

Y hundiéndose un poco más en el fango, empezaba a reflexionar en la belleza del genio, cuando de repente dos chiquillos con blusas blancas llegaron al borde de la cuneta con un caldero y unos leños.



—Ésta debe ser la comisión —dijo el cohete. Y adoptó una digna compostura.

—¡Oh! —gritó uno de ellos—. Mira este palo viejo. ¡Qué raro es que haya venido a parar aquí!

Y sacó el cohete de la cuneta.

—¡Palo viejo! —refunfuñó el cohete—. ¡Imposible! Habrá querido decir palo precioso. Palo precioso es un cumplido. Me toma por un personaje de la corte.

¡Echémosle al fuego! —dijo el otro muchacho—. Así ayudará a que hierva la caldera.

Amontonaron los leños, colocaron el cohete sobre ellos y prendieron fuego.

—¡Magnífico! —gritó el cohete—. Me colocan a plena luz. Así todos me verán.

—¡Ahora vamos a dormir! —dijeron los niños—, y cuando nos despertemos estará ya hirviendo la caldera.

Y acostándose sobre la hierba cerraron los ojos.

El cohete estaba muy húmedo. Pasó un buen rato antes de que ardiese. Sin embargo, al fin, prendió el fuego en él.

—¡Ahora voy a partir! —gritaba.

Y se erguía y se estiraba.

—Sé que voy a subir más alto que las estrellas, más alto que la luna, más alto que el sol. Subiré tan arriba que...

—¡Fisss! ¡Fisss! ¡Fisss!

Y se elevó en el aire.

—¡Delicioso! —gritaba—. Seguiré subiendo así siempre. ¡Qué éxito tengo!

Pero nadie lo veía.

Entonces comenzó a sentir una extraña impresión de hormigueo.

—¡Voy a estallar! —gritaba—. Incendiaré el mundo entero y haré tanto ruido, que no se hablará de otra cosa en un año.

Y, en efecto, estalló.

—¡Bang! ¡Bang! ¡Bang! —hizo la pólvora. La pólvora no podía hacer otra cosa.

Pero nadie oyó, ni siquiera los dos muchachos que dormían profundamente.

No quedó del cohete más que el palo que cayó sobre la espalda de un ganso que daba su paseo alrededor de la zanja.

—¡Cielos! —exclamó—. ¡Ahora llueven palos!

Y se tiró al agua.

—¡Me parece que he causado una gran sensación! —musitó el cohete.

Y expiró.





El ruiseñor y la rosa



EVELYN LYNETTE JIMÉNEZ RUBIO, 7 AÑOS, HIDALGO

—Dijo que bailaría conmigo si le llevaba rosas rojas —exclamó el joven estudiante—, pero no hay ni una rosa roja en todo mi jardín.

Desde su nido en la encina le oyó el ruiseñor, y le miró a través de las hojas y se quedó extrañado.

—¡Ni una rosa roja en todo mi jardín! —exclamó el estudiante, mientras sus bellos ojos se llenaban de lágrimas—. ¡Ay!, ¡de qué cosas tan pequeñas depende la felicidad! He leído todo lo que han escrito los sabios, y domino todos los secretos de la filosofía y, sin embargo, por no tener una rosa roja mi vida se ha vuelto desgraciada.

—Por fin un verdadero enamorado —dijo el ruiseñor—. Noche tras noche le he cantado sin conocerle; noche tras noche he conta-



JESABEL MARGARITA DELGADO SÁNCHEZ, 6 AÑOS, VERACRUZ

do su historia a las estrellas, y ahora le veo. Su pelo tiene el color oscuro de la flor del jacinto, y sus labios son rojos como la rosa de su deseo; pero la pasión ha vuelto su rostro pálido como el marfil, y su frente lleva el sello del dolor.

—El príncipe da un baile mañana por la noche —murmuró el joven estudiante—, y la que amo estará entre los invitados. Si le llevo una rosa roja, bailará conmigo hasta el amanecer. Si le llevo una rosa roja, la tendré entre mis brazos, y apoyará su cabeza en mi hombro, y mi mano estrechará la suya. Pero como no hay ninguna rosa roja en mi jardín, me quedaré sentado y solo, y ella pasará de largo. No me prestará la menor atención, y mi corazón se romperá.

—Éste es, desde luego, el verdadero enamorado —dijo el ruiseñor—. Lo que yo canto, él lo sufre, lo que para mí es alegría, para él es dolor. Realmente el amor es algo maravilloso; es más precioso que las esmeraldas, y más caro que los ópalos finos.



SHANTAL ILIÁN CAMERAS DEL MORAL, 12 AÑOS, DISTRITO FEDERAL (BIBLIOTECA DE MÉXICO)

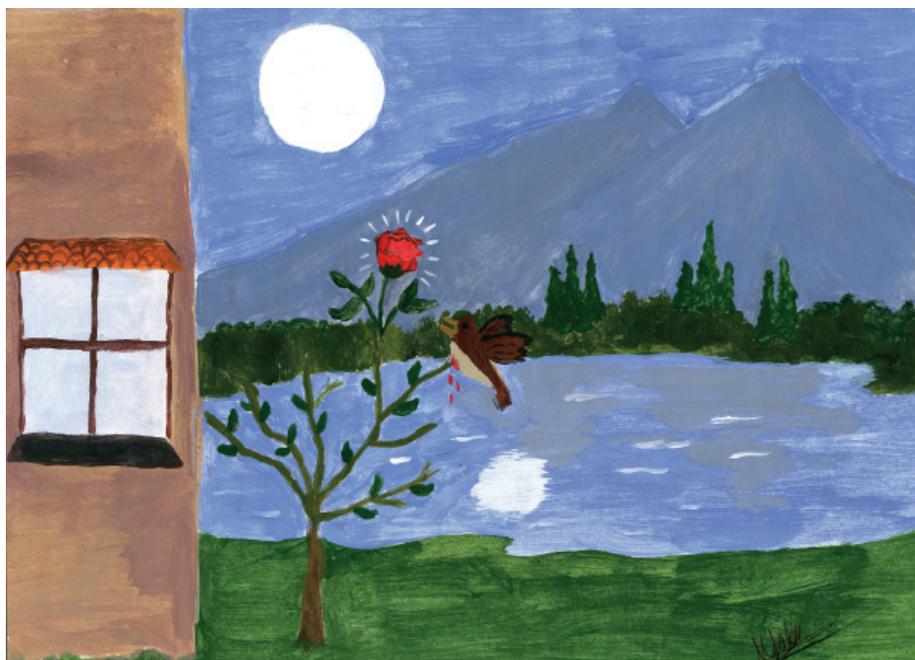
—Los músicos estarán sentados en su galería —dijo el joven estudiante—, y tocarán sus instrumentos de cuerda, y mi amor bailará al son del arpa y del violín. Bailará tan ligera que sus pies no tocarán el suelo, y los cortesanos de vistosos trajes se agolparán en torno a ella. Pero no bailará conmigo, porque no tengo ninguna rosa que darle.

Y se arrojó sobre la hierba, y ocultó la cara entre sus manos, y se puso a llorar.

El ruiseñor extendió sus alas pardas para emprender el vuelo y se elevó en el aire. Atravesó el bosquecillo como una sombra y como una sombra voló sobre el jardín.

En el centro del cuadrado de césped crecía un hermoso rosal. Cuando el ruiseñor lo vio, voló hacia él y se posó en una de sus ramas.

—Dame una rosa roja —exclamó—, y te cantaré mi más dulce canción.



Pero el árbol dijo que no con la cabeza.

—Mis rosas son blancas —respondió—, tan blancas como la espuma del mar, más blancas que la nieve en la cima de la montaña. Pero ve en busca de mi hermano que crece alrededor del viejo reloj de sol, y tal vez él te dé lo que deseas.

El ruiseñor voló pues hasta el rosal que crecía al pie del viejo reloj de sol.

—Dame una rosa roja —exclamó—, y te cantaré mi más dulce canción.

Pero el árbol dijo que no con la cabeza.

—Mis rosas son amarillas —respondió—; tan amarillas como el cabello de la sirena que se sienta en su trono de ámbar, más amarillas que el narciso que florece en el prado antes de que pase el segador con su guadaña. Pero ve en busca de mi hermano que crece bajo la ventana del estudiante, y tal vez él te dé lo que deseas.

El ruiseñor voló pues hasta el rosal que crecía bajo la ventana del estudiante.

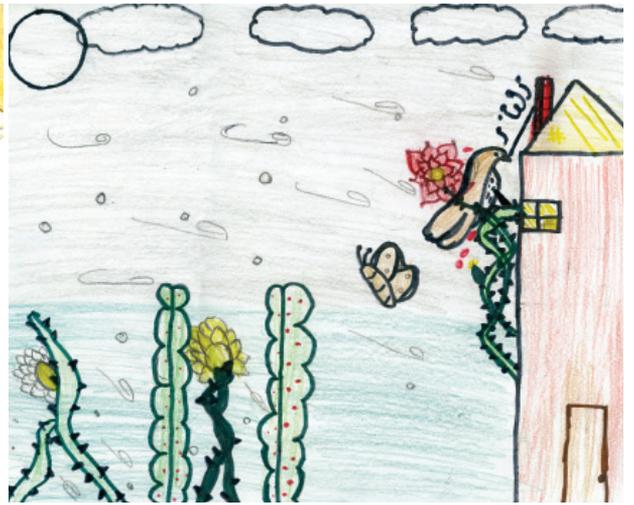
—Dame una rosa roja —exclamó—, y te cantaré mi más dulce canción.

Pero el árbol dijo que no con la cabeza.





ALEXIS YAHIR CASTANEDA MENA, 11 AÑOS, DURANGO



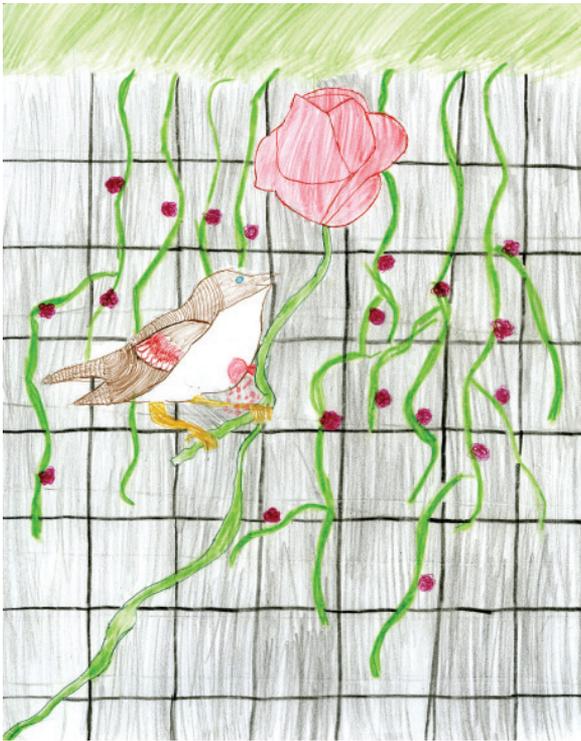
GUADALUPE RAQUEL HERNÁNDEZ XELHA, 11 AÑOS, OAXACA



MARÍA FERNANDA GUZMÁN SALGUERO, 6 AÑOS, EDO. DE MÉXICO



CAMILA RAMIREZ RODRIGUEZ, 11 AÑOS, VERACRUZ



ANA ELVIRA ALANIS CALDERON, 10 AÑOS, GUERRERO



JACQUELINE CARRILLO CUEVAS, 10 AÑOS, QUINTANA ROO

—Mis rosas son rojas —respondió—, tan rojas como las patas de la paloma, y más rojas que los grandes abanicos de coral que se mecían sin cesar en la caverna del océano. Pero el invierno ha helado mis venas, la escarcha ha quemado mis capullos, y la tempestad ha roto mis ramas, y no tendré rosas este año.

—Una rosa roja es todo lo que necesito —exclamó el ruiseñor—, ¡sólo una rosa roja! ¿No hay modo alguno de conseguirla?

—Hay un modo —respondió el rosal—, pero es tan terrible que no me atrevo a decírtelo.

—Dímelo —dijo el ruiseñor—, no tengo miedo.

—Si quieres una rosa roja —dijo el árbol—, debes crearla con música, al claro de luna, y teñirla con la sangre de tu propio corazón. Debes cantar para mí, apoyando tu pecho sobre una espina. Has de cantar para mí toda la noche, la espina ha de traspasarte el corazón, por mis venas ha de correr la sangre que te da la vida para que sea mía.

—La muerte es un precio muy alto por una rosa roja —exclamó el ruiseñor—, y la vida es muy querida para todos. Sin embargo, el amor es mejor que la vida, ¿y qué es el corazón de un pájaro comparado con el corazón de un hombre?

Entonces extendió sus alas pardas para emprender el vuelo, y se elevó en el aire. Sobrevoló el jardín como una sombra, y como una sombra se dirigió al bosquecillo.





El joven estudiante seguía echado en la hierba, en el mismo sitio donde lo había dejado, y en sus bellos ojos las lágrimas aún no se habían secado.

—Sé feliz —exclamó el ruiseñor—, sé feliz; tendrás tu rosa roja. La crearé con música a la luz de la luna, y la teñiré con la sangre de mi propio corazón. Lo único que te pido a cambio es que seas un verdadero enamorado, porque el amor es más sabio que la filosofía, aunque es muy sabia, y más fuerte que el poder, aunque es muy poderoso.

El estudiante alzó los ojos de la hierba, y escuchó, pero no pudo comprender lo que el ruiseñor decía, porque sólo sabía las cosas que están escritas en los libros.

Pero le comprendió la encina, y se sintió triste, porque quería mucho al pequeño ruiseñor que había hecho el nido en sus ramas.



LUIS SAMUEL FLORES LÓPEZ, 10 AÑOS, OAXACA



BETSAIDA DE LA CRUZ ALEJANDRO, 12 AÑOS, TABASCO

—Cántame una última canción —murmuró—, me sentiré muy sola cuando te hayas ido.

Así pues, el ruiseñor cantó a la encina, y su voz era como el agua que burbujea al ser vertida de un jarro de plata.

Cuando hubo acabado su canción, el estudiante se levantó y sacó un cuaderno de notas y un lápiz de su bolsillo.

—Tiene estilo —se dijo el estudiante mientras atravesaba el bosquecillo—, eso no se le puede negar, pero ¿tiene sentimientos? Temo que no. En realidad, como la mayoría de los artistas, es todo estilo y nada sinceridad. No se sacrificaría por nadie. Sólo piensa en la música, y todos sabemos que las artes son egoístas. Hay que admitir sin embargo que en su voz hay algunas notas bellas. Qué lástima que no quieran decir nada ni sirvan para nada práctico.

Y cuando la Luna brilló en los cielos, el ruiseñor voló hasta el rosal, y aplicó su pecho contra la espina, y la fría Luna cristalina se inclinó para escucharle. Cantó toda la noche, la espina se hundía cada vez más en su pecho, y la sangre que le daba la vida escapaba de su cuerpo.

Cantó primero el nacimiento del amor en el corazón de un chico y de una chica. Y en la más alta rama del rosal floreció una rosa magnífica, pétalo a pétalo, a medida que una canción seguía a otra. Pálida era al principio como la niebla suspendida sobre el río, pálida como los pies de la mañana, y argentada como las alas de la aurora. Como la sombra de una rosa en un espejo de plata, así era la rosa que florecía en la más alta rama del árbol.

Pero el árbol le gritó al ruiseñor que se apretara más contra la espina.

—¡Aprieta más fuerte, pequeño ruiseñor! —gritó el árbol—, o llegará el día antes de que la rosa esté acabada.

Y el ruiseñor se apretó más contra la espina, y su canto se hizo cada vez más sonoro, pues





HECTOR OLLIN LÓPEZ ALCÁZAR, 10 AÑOS, DISTRITO FEDERAL (IZTAPALAPA)



RAMSES EMILIANO GARCÍA GALÁN, 11 AÑOS, DISTRITO FEDERAL (IZTACALCO)

RICARDO GONZÁLEZ CARAPIA, 10 AÑOS, DISTRITO FEDERAL (IZTAPALAPA)



PILAR RODRÍGUEZ MUJARES, 12 AÑOS, DURANGO





cantaba el nacimiento de la pasión en el alma de un hombre y de una joven.

Y un delicado rubor de color rosa llegó a los pétalos de la rosa, como el rubor en la cara del esposo cuando besa los labios de la esposa. Pero la espina no había alcanzado aún su corazón, y el corazón de la rosa seguía estando blanco porque sólo la sangre de un corazón de ruiseñor puede volver carmesí el corazón de una rosa.

Y el árbol le gritó al ruiseñor que se apretara más contra la espina. —Aprieta con más fuerza, pequeño ruiseñor —gritó el árbol—, o llegará el día antes de que la rosa esté acabada.

Entonces el ruiseñor empujó más fuerte contra la espina, y la espina le alcanzó el corazón, y sintió una aguda punzada de dolor atravesándole. Amargo, amargo era aquel dolor, y su canto se volvió cada vez más salvaje, porque cantaba al amor, al amor que no muere con la muerte.

Y la magnífica rosa se volvió carmesí, como la rosa del cielo de Oriente. Carmesí era el cinturón de pétalos, carmesí como un rubí era el corazón.

Pero la voz del ruiseñor se volvió más débil, sus pequeñas alas empezaron a batir y un velo le cubrió los ojos. Cada vez más débil se hizo su canto, y sintió algo en su garganta que lo ahogaba.

Fue entonces cuando exhaló una última bocanada de música. Lo oyó la blanca Luna, y se olvidó del alba, y quedó rezagada en el cielo. Lo oyó la rosa roja, que tembló toda ella extasiada, y abrió sus pétalos al aire frío de la mañana.

—¡Mira, mira! —gritó el árbol—, ¡ahora la rosa está acabada!

Pero el ruiseñor no respondió, porque yacía muerto entre las altas hierbas, con la espina en el corazón.

Y al mediodía abrió su ventana el estudiante y miró fuera.

—¡Qué buena suerte! —exclamó—; ahí hay una rosa roja. Nunca en mi vida he visto una rosa semejante.

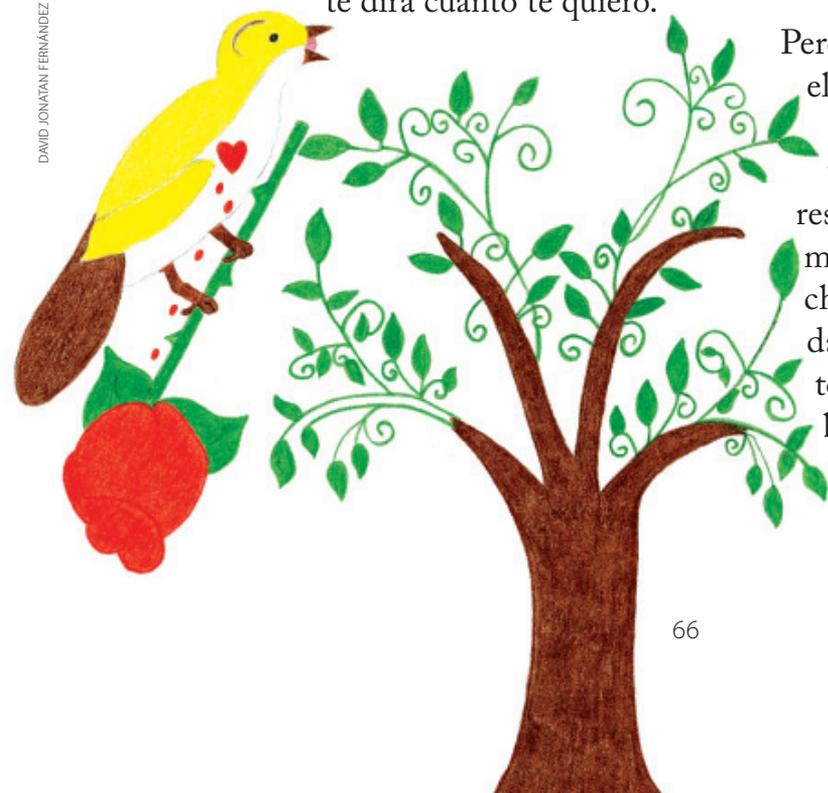
Y se inclinó y la cogió, se puso el sombrero y corrió a casa del profesor con la rosa en la mano.

La hija del profesor estaba sentada en el umbral, devanando seda azul alrededor de un ovillo, con su perrillo echado a los pies.

—Me dijiste que bailarías conmigo si te traía una rosa roja —exclamó el estudiante—. Aquí tienes la rosa más roja del mundo. La llevarás esta noche cerca de tu corazón, y mientras bailamos ella te dirá cuánto te quiero.

Pero la muchacha frunció el ceño.

—Me temo que no va con mi vestido —respondió ella—; y, además, el sobrino del chambelán me ha mandado joyas auténticas y todo el mundo sabe que las joyas cuestan mucho más caras que las flores.





DARISSA FLORES ESTRADA, 6 AÑOS; HIDALGO

—¡Mira que eres ingrata! —dijo el estudiante lleno de rabia.
Y tiró la rosa en la calle, donde cayó en el arroyo, y donde la rueda de una carreta pasó sobre ella.

—¿Ingrata? —dijo la joven—. Pues yo digo que tú eres muy grosero; además, ¿qué eres? Nada más que un estudiante. No creo que lleves hebillas de plata en los zapatos, como las lleva el sobrino del chambelán.

Y se levantó de su silla y entró en casa.

—¡Qué estúpido es el amor! —dijo el estudiante mientras se alejaba—. No es ni la mitad de útil que la lógica, porque no prueba nada, y siempre está anunciando cosas que no sucederán, y nos hace creer en cosas que no son verdaderas. En el fondo no es nada práctico, y como en nuestros tiempos ser práctico lo es todo, volveré a la filosofía y estudiaré metafísica.

Así pues, volvió a su cuarto, sacó un gran libro lleno de polvo y se puso a leer.



ALEXIS YAHIR CASTANEDA MENA, 11 AÑOS; DURANGO



El niño-estrella

A miss Margot Tennant

Había una vez dos pobres leñadores que volvían a su casa a través de un gran bosque de pinos. Era invierno, y aquella noche hacía un frío intenso. Una espesa capa de nieve cubría el suelo y las ramas de los árboles; a su paso, el hielo rompía continuamente, con un ruido seco, las ramitas a ambos lados del camino, y cuando llegaron al torrente de la montaña, lo encontraron inmóvil y suspendido en el aire, porque había recibido el beso del Rey de los Hielos.

Hacía tanto frío que ni los animales ni los pájaros entendían lo que pasaba.

—¡Uggg! —gruñía el lobo que, con el rabo entre las patas, iba renqueando entre la maleza—. Hace un tiempo realmente abominable. ¿Por qué no pone orden el gobierno?

—La Tierra va a casarse, y ése es su vestido de novia —susurraban entre sí las tórtolas.

—Bueno, por mi parte —dijo el pájaro carpintero, que era un filósofo nato—, no considero las causas materiales como explicaciones. Si una cosa es así, es así, y ahora hace un frío terrible.

Y realmente hacía un frío terrible. Las pequeñas ardillas, que vivían en el interior del gran abeto, no dejaban de frotarse la punta del hocico una contra otra para entrar en calor, y los conejos se hacían una bola en sus madrigueras, y ni siquiera se aventuraban a asomar fuera la nariz. Los únicos que parecían disfrutar eran los grandes búhos cornudos. Sus plumas estaban completamente tiesas

por la escarcha, pero les daba igual, y hacían dar vueltas a sus grandes ojos amarillos, y se llamaban unos a otros a través del bosque.

—¡Tu-uit! ¡Tu-ú! ¡Tu-uit! ¡Tu-ú! ¡Qué tiempo tan delicioso tenemos!

Los dos leñadores seguían su camino, soplando enérgicamente sus dedos y golpeando con sus enormes botas herradas la nieve endurecida. Una vez creyeron que se habían perdido, y fueron presa de un terror espantoso, pues sabían que la nieve es cruel con los que duermen en sus brazos. Por fin llegaron a la linde del bosque, y vieron a lo lejos, en el valle que había a sus pies, las luces del pueblo donde vivían.

Sintieron tal alegría al verse a salvo que se echaron a reír a carcajadas, y la tierra les pareció como una flor de plata, y la Luna, como una flor de oro.

Sin embargo, cuando acabaron de reírse, se pusieron tristes, porque se acordaron de su pobreza. Pero mientras se lamentaban mutuamente de su miseria, ocurrió una cosa extraña. Del cielo cayó una estrella muy brillante y muy hermosa. Se deslizó por un lado del firmamento, pasando junto a otras estrellas en su carrera, y mientras la observaban maravillados, les pareció que se abatía detrás de un bosquecillo de sauces que había muy cerca.

—¡Mira! ¡Vaya olla llena de oro para el que la encuentre! —exclamaron.

Y echaron a correr; tanta era su codicia por conseguir aquel oro.

Y uno de ellos corrió más veloz que su compañero, y lo adelantó; se abrió paso entre los sauces, y salió en el otro lado, y, ¡oh maravilla!, sobre la blanca nieve había efectivamente una cosa de oro. Se lanzó pues hacia ella y, agachándose, puso las manos encima: era un manto de tisú de oro, curiosamente constelado de estrellas y doblado en muchos pliegues. Y gritó a su compañero que había encontrado el tesoro caído del cielo y, cuando su compañero se reunió con él, se sentaron en la nieve, y desdoblaron los pliegues del manto para poder repartirse las monedas de oro. Pero, ¡ay!, allí no



CYNTHIA JOCELYN ÁVILA MEJÍA, 11 AÑOS, AGUASCALIENTES

había oro, ni plata, ni siquiera tesoro de ninguna especie, sino sólo un niño que estaba dormido.

Y uno de ellos dijo al otro:

—Dejémoslo aquí, y sigamos nuestro camino, porque somos pobres, y tenemos hijos propios cuyo pan no podemos dar a otro.

Mas su compañero le respondió:

—De ninguna manera; sería una mala acción dejar a este niño perecer aquí en la nieve y, aunque soy tan pobre como tú, y tengo muchas bocas que alimentar y casi vacía la olla, sin embargo me lo llevaré a casa, y mi mujer lo cuidará.

Así pues, levantó con mucha ternura al niño, y lo envolvió en el manto para protegerlo del penetrante frío, y bajó la colina en dirección al pueblo, mientras su compañero se asombraba mucho de la estupidez y la ternura de su corazón.

Y cuando llegaron al pueblo, su compañero le dijo:



—Tú tienes al niño, dame el manto, porque es de justicia que nos lo repartamos.

Pero el otro replicó:

—No, porque el manto no es tuyo ni mío, sino sólo del niño.

Y, diciéndole que fuera con Dios, se dirigió a su propia casa y llamó.

Y cuando su mujer abrió la puerta y vio que su marido había vuelto sano y salvo, le echó los brazos al cuello y le besó, y le desató de la espalda el haz de leña, le quitó de las botas la nieve que las cubría y le rogó que entrara.

Mas él le dijo:

—He encontrado algo en el bosque, y te lo he traído para que lo cuides.

Y no se movió del umbral.

—¿Qué es? —exclamó ella—. Enséñamelo, porque la casa está vacía y necesitamos muchas cosas.

Y él apartó el manto, y le mostró el niño que dormía.

—¡Ah, buen hombre! —murmuró ella—, ¿no tenemos bastantes hijos para que tengas que traer un niño abandonado que se siente junto a la chimenea? ¡Quién sabe si nos traerá desgracia! ¿Y cómo lo criaremos?

Y se enfureció contra él.

—No, porque es un niño-estrella —respondió.

Y le contó la extraña forma en que lo había encontrado.

Pero ella no quiso calmarse, sino que se burló de él, y le habló furiosa, gritando:

—Nuestros hijos no tienen pan, ¿y vamos a dar de comer al hijo de otro? ¿Quién se preocupa por nosotros? ¿Y quién nos da de comer?

—Nadie, pero Dios cuida hasta de los gorriones, y los alimenta —respondió.

—¿No se mueren los gorriones de hambre en invierno? —preguntó ella—. ¿Y no es ahora invierno?

Y el hombre no respondió nada, pero no se movió del umbral.

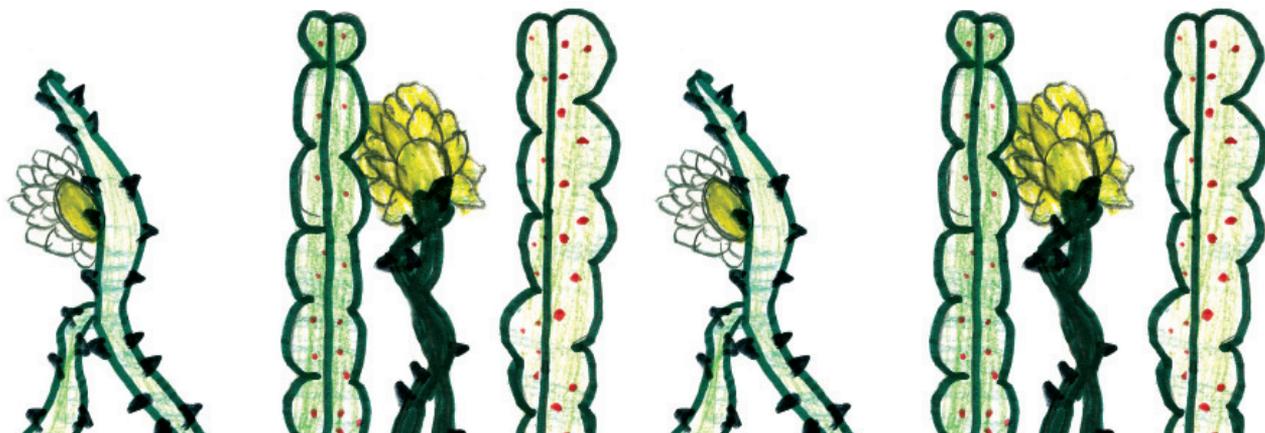
Y un viento helado que venía del bosque entró por la puerta abierta, e hizo temblar a la mujer; y estremeciéndose le dijo:

—¿No quieres cerrar la puerta? Entra un viento helado en la casa, y tengo frío.

—En una casa donde hay un corazón duro, ¿no entra siempre un viento helado? —preguntó él.

Y la mujer no le contestó, sino que fue deslizándose hacia el fuego.

Y al cabo de un rato, se volvió para mirarlo, y tenía los ojos llenos de lágrimas. Y él entró corriendo, y le puso el niño en brazos; y ella



lo besó, y le acostó en una camita donde dormía el más pequeño de sus propios hijos. Y al día siguiente, el leñador cogió el curioso manto de oro y lo guardó en un gran baúl, y su mujer cogió un collar de ámbar que tenía alrededor del cuello el niño y también lo metió en el baúl.

Así pues, el niño-estrella se crió con los hijos del leñador, y ocupó un sitio en la mesa con ellos, y fue su compañero de juegos. Y cada año crecía en belleza, hasta el punto de que todos los que vivían en el pueblo estaban asombrados, porque, mientras ellos tenían la piel morena y el pelo negro, él era blanco y delicado como marfil tallado, y sus rizos eran como los anillos del narciso. También se parecían sus labios a los pétalos de una flor roja, y sus ojos eran como violetas junto a un río de agua pura.

Sin embargo su belleza le sirvió mal. Porque fue haciéndose orgulloso, cruel y egoísta. Sólo sentía desprecio por los otros hijos del leñador y por los otros niños del pueblo, diciendo que eran de baja extracción, mientras que él era noble por haber nacido de una estrella, y se convirtió en su amo, y los llamó siervos suyos. No tenía ninguna piedad con los pobres, ni con los que eran ciegos, o lisiados, o estaban de algún modo afligidos. Era en verdad como si estuviera enamorado de la belleza, y se burlaba de los débiles y de los desfavorecidos, y en verano, cuando los vientos estaban calmados, solía tumbarse junto al pozo, y allí contemplaba la maravilla de su propia cara, y reía del placer que sentía ante su propia belleza.

El leñador y su mujer le reñían a menudo.

—Nosotros no te hemos tratado como tú tratas a los que están abandonados y no tienen a nadie que los socorra. ¿Por qué eres tan cruel con todos los que necesitan compasión?

Pero el niño-estrella no escuchaba sus palabras, sino que fruncía el ceño y se burlaba de ellas, y volvía junto a sus compañeros, a los que dirigía. Y sus compañeros le seguían porque era hermoso, tenía el pie ligero, y sabía bailar, y tocar el caramillo y hacer música. Y a cualquier parte que el niño-estrella los guiase, le seguían, y todo lo



YUDAH ISRAEL DIAZ ALEMÁN, 12 AÑOS, CHIQUAHUA

que el niño-estrella les mandaba hacer, lo hacían. Y cuando atravesaba con un afilado junco los ojos ciegos del topo, se echaban a reír, y cuando tiraba piedras a los leprosos, también se reían. Y en todas las cosas los gobernaba, y se volvieron duros de corazón, como él era.

Pero cierto día pasó por el pueblo una pobre mendiga. Sus ropas estaban desgarradas y en harapos, y sus pies sangraban de haber andado por el áspero camino, y se hallaban en un estado lamentable. Y agotada, se sentó bajo un castaño para descansar.

Pero cuando el niño-estrella la vio, dijo a sus compañeros:

—¡Miren!, hay una repugnante pordiosera sentada bajo ese hermoso árbol de hojas verdes. Vengan: vamos a echarla de aquí, porque es fea y desagradable.

Así que se acercó a ella y le tiró piedras, y le hizo burla; y ella le miró con ojos aterrorizados y sin despegar la vista de él. Y cuando el leñador, que partía leños en un patio cercano, vio lo que hacía el niño-estrella, llegó corriendo, lo reprendió, y le dijo:

—En verdad eres duro de corazón, y no conoces la piedad, pues ¿qué mal te ha hecho esta pobre mujer para que así la trates?

Y el niño-estrella se encendió de ira y golpeó el suelo con el pie y dijo:

—¿Quién eres tú para interrogarme así por lo que hago? No soy hijo tuyo para que tenga que obedecer tus mandatos.



—Dices bien —respondió el leñador—; sin embargo, tuve compasión contigo cuando te encontré en el bosque.

Y cuando la mendiga oyó estas palabras, lanzó un fuerte grito y se desmayó. Y el leñador la llevó a su casa, y su esposa la cuidó, y cuando se recobró del desvanecimiento en que había caído, le ofrecieron de comer y de beber, y le suplicaron que repusiera sus fuerzas.

Mas ella no quiso comer y beber, sino que dijo al leñador:

—¿No has dicho que el niño fue encontrado en el bosque? ¿Y no hace hoy diez años?

Y el leñador respondió:

—Sí, fue en el bosque donde lo encontré, y hoy hace diez años.

—¿Y qué señales encontraste sobre él? —exclamó ella—. ¿No llevaba al cuello un collar de ámbar? ¿No estaba envuelto en un manto de tisú de oro bordado de estrellas?

—En verdad que fue así como dices —respondió el leñador.

Y sacó el manto y el collar de ámbar del cofre donde se encontraban, y se los mostró.

Y al verlos, se echó a llorar de alegría, y dijo:

—Es mi hijito al que perdí en el bosque. Te ruego que le hagas venir enseguida, porque he vagado por todo el mundo buscándole.

El leñador y su mujer salieron, y llamaron al niño-estrella diciéndole:

—Entra en casa, y allí encontrarás a tu madre, que está esperándote.

Así pues, entró corriendo, lleno de asombro y de alegría. Pero cuando vio a la que estaba esperándole, se echó a reír de un modo despectivo, y dijo:

—Bueno, ¿dónde está mi madre? Porque aquí sólo veo a esta miserable mendiga.

Y la mujer le respondió:

—Yo soy tu madre.

—Tienes que estar loca para decir



eso —exclamó el niño-estrella lleno de ira—. Yo no soy tu hijo, porque eres una pordiosera fea y harapienta. Así que sal de aquí, ¡y que no vuelva a ver tu horrible cara!

—¡No! Eres de verdad mi hijo, al que yo llevé al bosque —exclamó ella.

Y cayó de rodillas, y le tendió los brazos.

—Los ladrones te robaron de mi lado y te abandonaron para que murieses —murmuró—; pero te he reconocido nada más al verte, y también he reconocido las señales, el manto de tisú de oro y el collar de ámbar. Por eso te ruego que vengas conmigo, pues he vagado por todo el mundo buscándote. Ven conmigo, hijo mío, porque necesito tu amor.

Mas el niño-estrella no se movió de su sitio, le cerró las puertas de su corazón, y no se oyó ningún sonido, salvo el ruido de la mujer llorando de dolor.

Y por fin le dirigió la palabra, y su voz era dura y llena de amargura:

—Si de verdad eres mi madre, más te hubiera valido quedarte lejos, y no venir a cubrirme de vergüenza, yo creía ser hijo de alguna estrella, y no el hijo de una mendiga, como dices. Por lo tanto, sal de aquí, ¡y que no vuelva a verte!

—¡Ay!, hijo mío —exclamó ella—, ¿no quieres abrazarme antes de que me vaya? He sufrido tanto para encontrarte.

—No —dijo el niño-estrella—, verte es demasiado repugnante, y antes que a ti besaría a la víbora o al sapo.

Entonces la mujer se levantó, y se fue al bosque, llorando amargas lágrimas; y cuando el niño-estrella vio que se había ido, se alegró mucho y regresó corriendo hacia sus compañeros para jugar con ellos.

Mas cuando le vieron llegar, se burlaron de él, diciendo:

—¡Vaya!, si eres tan feo como el sapo, y tan repugnante como la víbora. Vete de aquí, porque no queremos que juegues con nosotros.

Y le echaron del jardín.





Y el niño-estrella frunció el ceño, y se dijo a sí mismo: “¿Qué es lo que me dicen? Iré al pozo lleno de agua y me miraré, y él me hablará de mi belleza”.

Fue, pues, al pozo lleno de agua y se miró en él, y, ¡qué horror!, su cara se pareció a la cara del sapo, y su cuerpo estaba cubierto de escamas como la víbora. Y se tiró sobre la hierba y se echó a llorar, y se dijo a sí mismo: “Seguro que esto me ha ocurrido por mi pecado. Porque he renegado de mi madre, y la he echado, y he sido orgulloso y cruel con ella. Por eso tengo que buscarla por todo el mundo, y no tendré reposo hasta que la encuentre”.

Y la hija pequeña de leñador fue hacia él y, poniéndole la mano en el hombro, dijo:

—¿Qué importa que hayas perdido tu belleza? Quédate con nosotros, y yo no me burlaré de ti.



Y él le dijo:

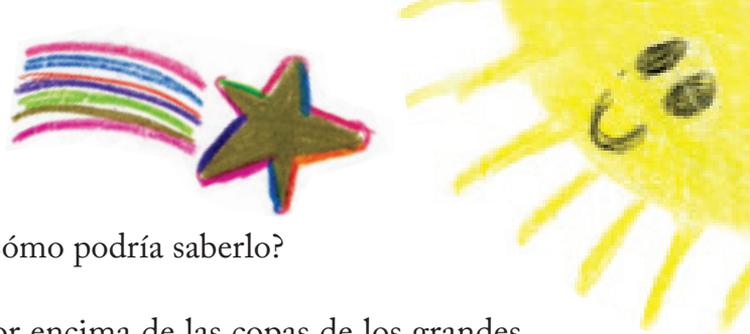
—No, he sido cruel con mi madre, y como castigo por serlo me ha sido enviada esta desgracia. Por eso tengo que irme de aquí, y debo vagar por el mundo hasta que la encuentre y me dé su perdón.

Y se fue corriendo al bosque suplicando a su madre que volviese, pero no tuvo respuesta. Todo el día la llamó y, cuando el Sol se puso, él se tumbó en un lecho de hojas, y los pájaros y los animales huyeron de su lado, porque se acordaban de su crueldad, y se quedó solo, salvo el sapo que le observaba, y la lenta víbora que pasaba reptando a su lado.

Y por la mañana se levantó, y cogió algunas bayas amargas de los árboles y las comió, y volvió a ponerse en camino a través del gran bosque, llorando dolorosamente. Y a todos los seres que encontraba les preguntaba si por casualidad habían visto a su madre.

Le dijo al topo:

—Tú que puedes ir bajo tierra, dime, ¿está mi madre allí?



Y el topo respondió:

—Tú cegaste mis ojos. ¿Cómo podría saberlo?

Le dijo al pardillo.

—Tú que puedes volar por encima de las copas de los grandes árboles, y ver el mundo entero, dime, ¿puedes ver a mi madre?

Y el pardillo respondió:

—Tú me cortaste las alas por placer. ¿Cómo podría volar?

Y el niño-estrella lloró y agachó la cabeza, e imploró su perdón a las criaturas de Dios, y siguió caminando a través del bosque, en busca de la mendiga. Y, al tercer día, llegó al otro lado del bosque y descendió a la llanura.

Y cuando pasaba por los pueblos, los niños se burlaban de él, y le tiraban piedras, y los aldeanos no le permitían siquiera dormir en los establos, por miedo a que llevara el moho al grano almacenado; tan repugnante era a la vista. Y sus jornaleros le echaban, y no había nadie que se compadeciese de él. Y en ninguna parte oyó noticias de la mendiga que era su madre.

Por espacio de tres años vagó por el mundo, y en el mundo no había para él ni amor, ni ternura humana, ni caridad, sino que era un mundo igual en todo al que él se había hecho para sí mismo en los días de su gran orgullo.

Y una tarde llegó a las puertas de una ciudad rodeada de fuertes murallas que se alzaba a la orilla de un río y, aunque estaba cansado y tenía magullados los pies, quiso entrar en ella. Mas los soldados que montaban la guardia cruzaron sus alabardas en la entrada, y le dijeron sin contemplaciones.

—¿Qué vienes a hacer en la ciudad?

—Busco a mi madre —respondió—, y les ruego que me dejen pasar, pues quizá esté en la ciudad.

Mas ellos se burlaron de él, y uno se mesó su negra barba, dejó en el suelo su escudo, y exclamó:

—En verdad que tu madre no se alegrará de verte, pues eres más feo que el sapo de la marisma o la víbora que reptaba en el pantano.

¡Fuera de aquí! ¡Fuera de aquí! En esta ciudad no vive tu madre.

Y otro, que sostenía en la mano un pendón amarillo, le dijo:

—¿Quién es tu madre, y por qué la buscas?

Y él respondió:

—Mi madre es una mendiga como yo, y la he tratado cruelmente, y les ruego que me dejen pasar, a fin de que me dé su perdón, si es que vive en esta ciudad.

Mas ellos no quisieron, y le pincharon con sus lanzas.

Y cuando se marchaba llorando, otro, cuya armadura tenía flores doradas incrustadas, y en su casco había un león tumbado y alado, llegó y preguntó a los soldados quién era el que pedía entrar. Y le dijeron:

—Es un mendigo, hijo de una mendiga, y le hemos echado.

—No —exclamó él riendo—, mejor es que vendamos a esa horrible criatura como esclavo, y su precio será el valor de un cuenco de vino dulce.

Y un viejo de cara malvada que pasaba por allí, les gritó y dijo:

—Yo lo compro a ese precio.

Y cuando hubo pagado el precio, cogió al niño-estrella de la mano, y lo llevó a la ciudad.

Y después de haber atravesado muchas calles, llegaron a una puerta cubierta por un árbol granado. Y el viejo tocó la puerta con un anillo de jasper grabado, y se abrió; y bajaron cinco escalones de latón y penetraron en un jardín lleno de adormideras negras y de jarros verdes de arcilla cocida. Y el viejo sacó entonces del turbante un pañuelo de seda estampada, y vendó con él los ojos del niño-estrella, y lo empujó delante de él. Y cuando le quitaron de los ojos el pañuelo, el niño-estrella se encontró en una mazmorra que estaba iluminada por una linterna de asta.

Y el viejo puso delante de él pan mohoso en un plato de madera y dijo: “Come”, y agua salada en una taza, y dijo: “Bebe”. Y cuando hubo comido y bebido, el viejo se marchó cerrando la puerta tras él y asegurándola con una cadena de hierro.

Y al día siguiente, el viejo, que en realidad era el más sutil de los magos de Libia y había aprendido su arte de un maestro que habitaba en las tumbas del Nilo, fue a buscarle, frunció el ceño, y dijo:

—En un bosque que hay junto a la puerta de esta ciudad de infieles, hay tres monedas de oro. Una es de oro blanco, otra de oro amarillo, la tercera de oro rojo. Hoy me traerás la pieza de oro blanco, y si no la traes cuando vuelvas, te daré cien palos. Date prisa, y





a la puesta del sol te esperaré en la puerta del jardín. Cuida de traer el oro blanco, si no lo pasarás mal, porque eres mi esclavo, y te he comprado por el precio de un cuenco de vino dulce.

Y vendó los ojos del niño-estrella con el pañuelo de seda estampada, y lo condujo a través de la casa, a través del jardín de adormideras, y le hizo subir los cinco escalones de bronce. Y, tras abrir la puerta con su anillo, lo dejó en la calle.

Y el niño-estrella salió por la puerta de la ciudad, y llegó al bosque del que le había hablado el mago.

Y aquel bosque era muy hermoso visto desde fuera, y parecía lleno de pájaros canoros y de fragantes flores, y el niño-estrella entró en él contento. Mas aquella belleza no le sirvió de mucho, pues dondequiera que iba, zarzas y espinos despiadados brotaban del suelo para rodearle, ortigas feroces le picaban, y el cardo le

atravesaba con sus puñales, por lo que estaba en dolorosa angustia. Y en ninguna parte pudo encontrar la moneda de oro blanco de la que le había hablado el mago, aunque la buscó desde la mañana hasta mediodía, y desde mediodía hasta la puesta de sol. Y a la puesta del sol volvió el rostro hacia su morada, derramando amargas lágrimas, porque sabía la suerte que le esperaba.

Pero cuando llegó a la linde del bosque, al salir de la maleza oyó un grito como de alguien que sufre. Y olvidando su propio dolor, volvió allí corriendo, y descubrió una pequeña liebre cogida en una trampa que algún cazador había tendido para atraparla.

Y el niño-estrella se compadeció de ella, y la soltó, y le dijo:

—No soy más que un esclavo, pero puedo darte la libertad.

Y la liebre respondió:

—Cierto, me has dado la libertad, ¿y qué puedo darte a cambio?

Y el niño-estrella le dijo:

—Busco una moneda de oro blanco, que no consigo encontrarla en ninguna parte, y si no la llevo, mi amo me pegará.

—Vente conmigo —dijo la liebre—, y yo te guiaré. Sé dónde la han escondido, y por qué.

Y el niño-estrella fue con la liebre, y, ¡oh maravilla!, en la cavidad de un gran roble vio la moneda de oro que buscaba. Y lleno de alegría la cogió, y le dijo a la liebre:

—El servicio que te he prestado, me lo has pagado en demasía, y la bondad que contigo he tenido me la has devuelto centuplicada.

—No —respondió la liebre—, sólo te he tratado como tú me trataste.

Y escapó corriendo a toda velocidad, y el niño-estrella se dirigió a la ciudad.

Pero a la puerta de la ciudad estaba sentado un hombre que tenía lepra. Su cara estaba cubierta con una capucha de lino gris, y, a través de las aberturas, sus ojos brillaban como tizones al rojo. Y cuando vio que el niño-estrella se acercaba, golpeó en una vasija de madera, e hizo sonar su campanilla, y le llamó a gritos diciendo:



—Dame una moneda, si no, me moriré de hambre. Porque me han echado de la ciudad, y no hay nadie que se compadezca de mí.

—¡Ay! —exclamó el niño-estrella, sólo tengo en mi bolsa una moneda, y si no se la llevo a mi amo, me pegará, y seguiré siendo su esclavo.

Pero el leproso le suplicó y le imploró, hasta que el niño-estrella se compadeció, y le dio la moneda de oro blanco.

Y cuando llegó a la casa del mago, éste le abrió, le hizo pasar, y le dijo:

—¿Tienes la moneda de oro blanco?

Y el niño-estrella respondió:

—No la tengo.

Entonces el mago se abalanzó sobre él, y le pegó, y le puso delante un plato vacío, diciendo: “Come”, y una taza vacía, diciendo: “Bebe”.

Y volvió a arrojarlo en la mazmorra.

Y al día siguiente el mago fue a verle, y dijo:



MILKA ALEJANDRA JUÁREZ PAZ, 12 AÑOS, SAN LUIS POTOSÍ

—Si no me traes hoy la moneda de oro amarillo, ten por seguro que seguirás siendo mi esclavo, y te daré trecientos palos.

El niño-estrella fue pues al bosque, y todo el día buscó la moneda de oro amarillo sin encontrarla por ninguna parte. A la puesta del sol se sentó y se echó a llorar, y mientras lloraba la pequeña liebre a la que había liberado de la trampa fue a buscarle.

Y la liebre le dijo:

—¿Por qué lloras? ¿Y qué buscas en el bosque?

Y el niño-estrella respondió:

—Busco una moneda de oro amarillo que está escondida aquí, y si no la encuentro, mi amo me pegará y seguirá teniéndome de esclavo.

—Sígueme —gritó la liebre.

Y corrió por el bosque hasta que llegó a una charca. Y en el fondo de la charca estaba la moneda de oro amarillo.

—¿Cómo te daré las gracias? —dijo el niño-estrella—. Porque es la segunda vez que me has socorrido.

—¡Oh!, tú te compadeciste de mí primero —dijo la liebre.

Y escapó a toda velocidad.

Y el niño-estrella cogió la moneda de oro amarillo, la metió en su bolsa, y se dirigió de prisa a la ciudad. Mas el leproso le vio venir, corrió a su encuentro y, arrodillándose, exclamó:



MARA TABOADA JARDINEZ, 7 AÑOS, HIDALGO



AITANA VALENTINA PINEDA MORALES, 5 AÑOS, OAXACA

—Dame una moneda, si no, me moriré de hambre.

Y el niño-estrella le dijo:

—No tengo en mi bolsa más que una sola moneda de oro amarillo, y si no se la llevo a mi amo, me pegará, y seguiré siendo su esclavo.

Pero el leproso le suplicó tan dolorosamente que el niño-estrella se compadeció de él, y le dio la moneda de oro amarillo.

Y cuando llegó a la casa del mago, éste le abrió, le hizo entrar, y le dijo:

—¿Tienes la moneda de oro amarillo?

Y el niño-estrella le dijo:

—No la tengo.

Entonces el mago se abalanzó sobre él, y le pegó, y le cargó de cadenas, y lo arrojó en la mazmorra.

Y al día siguiente el mago fue a verle, y dijo:

—Si me traes la moneda de oro rojo, te dejaré en libertad, pero si no me la traes, entonces te mataré.

El niño-estrella fue pues al bosque, y todo el día buscó la moneda de oro rojo, sin encontrarla por ninguna parte. Y por la tarde, se sentó y lloró, y mientras lloraba, la pequeña liebre fue a buscarle.

Y la liebre le dijo:

—La moneda de oro rojo está en la cueva que hay detrás de ti. Por lo tanto, no llores, y alégrate.

—¿Cómo te recompensaré? —exclamó el niño-estrella—. Porque es la tercera vez que me has socorrido.

—¡Oh!, tú te compadeciste de mí primero —dijo la liebre.

Y escapó a toda velocidad.

Y el niño-estrella entró en la cueva, y en el rincón más alejado encontró la moneda de oro rojo. Así pues, la metió en su bolsa, y se dirigió deprisa a la ciudad. Y el leproso, viéndole venir, se plantó en el centro del camino, le llamó a gritos, y le dijo:

—Dame la moneda de oro rojo, si no moriré.

Y el niño-estrella se compadeció una vez más de él, y le dio la moneda de oro rojo diciendo:

—Tu necesidad es mayor que la mía.

Su corazón, sin embargo, estaba muy oprimido, pues sabía el sombrío destino que le esperaba.

Pero, ¡oh maravilla!, cuando franqueó la puerta de la ciudad, los guardias se inclinaron ante él y le rindieron pleitesía diciendo:

—¡Qué hermoso es nuestro señor!

Y una multitud de ciudadanos le seguía, y gritaba:

—¡Seguro que no hay nadie tan hermoso en todo el mundo!

Y el niño-estrella se echó a llorar, y se dijo: “Están burlándose de mí, y se mofan de mi miseria”. Y la muchedumbre del pueblo reunido era tal que extravió el camino y terminó por encontrarse en una plaza enorme, donde se alzaba el palacio de un Rey.

Y la puerta del palacio se abrió, y los sacerdotes y los altos dig-



YANNIA JULIETH SORIA CABANILLAS, 11 AÑOS, SINALOA

naturios de la ciudad acudieron a su encuentro, y se inclinaron ante él, diciendo:

—Tú eres nuestro señor, al que estábamos esperando, y el hijo de nuestro Rey.

Y el niño-estrella les respondió, diciendo:

—Yo no soy hijo de un Rey, sino hijo de una pobre mendiga. ¿Y cómo pueden decir que soy hermoso cuando sé que soy horrible de ver?

Entonces, el hombre de la armadura con flores doradas incrustadas, y en cuyo casco había un león echado y alado, blandió un escudo, y gritó:

—¿Cómo mi señor puede decir que no es hermoso?

Y el niño-estrella miró, y, ¡oh maravilla!, su cara era tal como había sido, y su belleza había vuelto a él, y vio en sus ojos algo que no había visto antes.

Y los sacerdotes y los altos dignatarios se arrodillaron y le dijeron:

—Hace mucho tiempo estaba profetizado que en este día llegaría el que debe reinar sobre nosotros. Que nuestro señor tome pues esta corona y este cetro, y que, en su justicia y su misericordia, sea nuestro Rey sobre nosotros.

Mas él les dijo:

—Yo no soy digno, porque he renegado de mi madre que me dio a luz, y no puedo descansar hasta que no la haya encontrado y obtenido su perdón. Déjenme pues partir, porque debo seguir vagando por el mundo, y no podría entretenerme aquí, aunque me dieran la corona y el cetro.

Y mientras hablaba, volvió su rostro hacia la calle que llevaba a la puerta de la ciudad, y, ¡oh maravilla!, entre la multitud que se apiñaba alrededor de los soldados vio a la mendiga que era su madre, y a su lado estaba el leproso que había estado sentado al borde del camino.

Y un grito de alegría escapó de sus labios, y corrió, y arrodillándose, besó las llagas de los pies de su madre y los regó con sus lágrimas. Agachó la cabeza en el polvo, y sollozando, como alguien cuyo corazón está a punto de romperse, le dijo:

—Madre, te negué en la hora de mi orgullo. Acéptame en la hora de mi humildad. Madre, yo te di odio. Dame tú amor. Madre, te rechacé. Recibe ahora a tu hijo.

Mas la mendiga no le respondió nada.



Y él tendió sus manos, y cogió los pies blancos del leproso, y le dijo:
—Tres veces me compadecí de ti. Ruega a mi madre que me hable una vez.

Mas el leproso no le respondió nada.

Y el niño-estrella sollozó de nuevo, y dijo:

—Madre, mi sufrimiento sobrepasa lo que puedo soportar. Concédeme tu perdón, y déjame que vuelva al bosque.

Y la mendiga le puso la mano sobre la cabeza, y le dijo:

—Levántate.

Y él se enderezó sobre sus pies, y los miró, y, ¡oh maravilla!, eran un Rey y una Reina.

Y la Reina le dijo:

—Aquí tienes a tu padre, al que has socorrido.

Y el Rey dijo:

—Aquí tienes a tu madre, cuyos pies has regado con tus lágrimas.

Y se arrojaron a su cuello y le besaron, y le llevaron a palacio, le vistieron con hermosos ropajes, ciñeron su cabeza con la corona, le pusieron el cetro en la mano, y él reinó sobre la ciudad que se alzaba al borde del río, y fue su señor. Dio muestras de justicia y de misericordia a todos, y desterró al malvado mago, y envió al leñador y a su mujer muchos ricos presentes, y concedió honores a sus hijos. Y no consintió que nadie fuera cruel con los pájaros y los animales, sino que enseñó el amor, la ternura humana y la caridad, y a los pobres les dio pan, y a los que estaban desnudos los vistió, y hubo paz y abundancia en el país.





El gigante egoísta

Todas las tardes, al volver de la escuela, los niños solían ir a jugar al jardín del Gigante.

Era un jardín grande y delicioso, de hierba verde y tierna. Aquí y allá, de la hierba brotaban flores hermosas como estrellas, y había doce melocotoneros que, en primavera, se abrían en delicadas corolas de color rosa y perla, y en otoño se cargaban de sabrosos frutos. Los pájaros se posaban en los árboles y cantaban de forma tan suave que los niños dejaban de jugar para escucharlos.

—¡Qué felices somos aquí! —se decían unos a otros.

Un día el Gigante volvió. Había ido a visitar a su amigo el ogro de Cornualles, y se había quedado con él siete años. Al cabo del séptimo, había dicho todo lo que tenía que decir, porque su conversación era limitada, y decidió volver a su castillo. Al llegar, descubrió a los niños que estaban jugando en su jardín.

—¿Qué hacen aquí? —gritó con voz muy fuerte.

Y los niños escaparon corriendo.

—Mi jardín es mío —dijo el Gigante—, eso todo el mundo puede entenderlo, y no dejaré que nadie más que yo juegue en él.

Entonces construyó una alta tapia alrededor del jardín, y puso este cartel:

Prohibida la entrada
Los que entren serán
perseguidos.



Era un Gigante muy egoísta.

Los pobres niños no tenían ahora ningún sitio para jugar. Cuando acababa la clase, solían dar vueltas alrededor de la alta tapia, y hablaban del hermoso jardín que se encontraba al otro lado.

—¡Qué felices éramos allí! —se decían unos a otros.

Luego llegó la Primavera, y toda la comarca se cubrió de florecillas y de pajarillos. Sólo en el jardín del Gigante egoísta seguía siendo invierno. A los pájaros ya no les interesaba cantar en él, porque no había niños, y a los árboles se les olvidaba echar flores. Los únicos que se alegraron fueron la Nieve y la Escarcha.

—La Primavera se ha olvidado de este jardín —exclamaban—. Podremos vivir aquí todo el año.

La Nieve cubrió la hierba con su gran manto blanco, y la Escarcha pintó todos los árboles de color plata. Luego invitaron al Viento del Norte a vivir con ellas, y aceptó. Venía envuelto en pieles, bramaba todo el día por el jardín y soplabla contra las chimeneas para tirarlas.

—¡Qué lugar tan delicioso! —dijo—, hay que pedir al Granizo que nos visite.



REY DAVID GUTIÉRREZ ROJAS, 10 AÑOS, SONORA



LINDA MAYJE NAVARRO MARTINEZ, 11 AÑOS, NUEVO LEÓN

Entonces llegó el Granizo. Todos los días, durante tres horas, repiqueteaba en el techo del castillo hasta que rompió casi todas las pizarras, y luego se ponía a correr por el jardín todo lo rápido que podía. Iba vestido de gris y su aliento parecía hielo.

—No puedo comprender por qué tarda tanto en venir la Primavera —dijo el Gigante egoísta mientras, sentado a su ventana, contemplaba su frío jardín blanco—. Espero que cambie el tiempo.

Pero la Primavera no llegó, ni el Verano. El Otoño dio frutos dorados en todos los jardines, pero no dio ninguno al jardín del Gigante.

—Es demasiado egoísta —dijo el Otoño.

Por eso en aquel lugar siempre era Invierno. El Viento del Norte, el Granizo, la Escarcha y la Nieve bailaban entre los árboles.

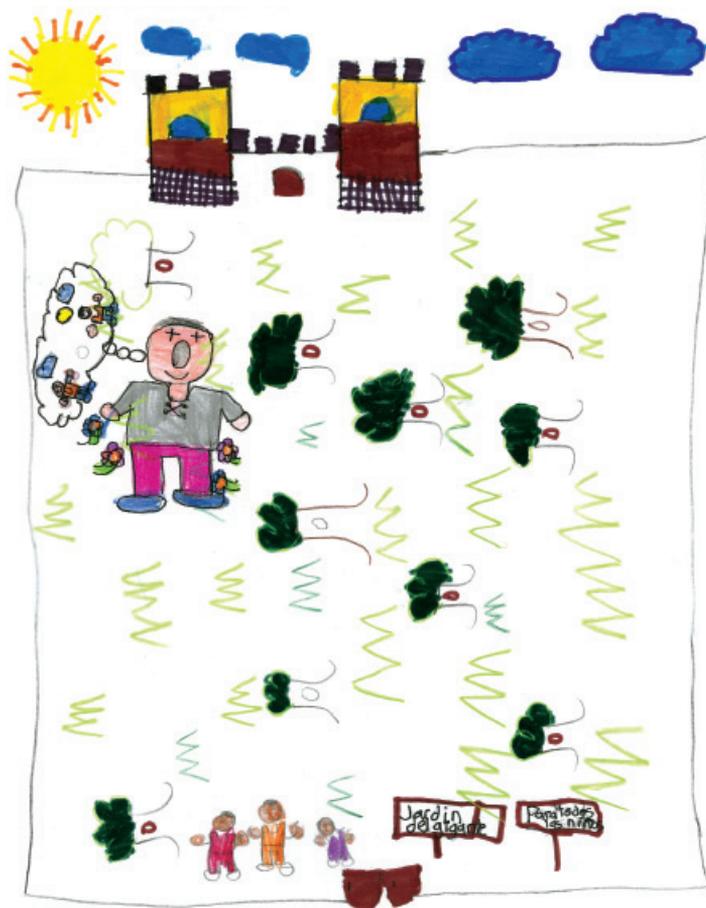
Una mañana en que el Gigante estaba despierto en su cama, oyó una música deliciosa. Sonaba tan dulce en sus oídos que pensó que debían de ser los músicos del rey que pasaban. En realidad no era

ANDREA SOLANO OLIVERA, 12 AÑOS, COLIMA



KARLA VALENTINA TREJO PALMA, 9 AÑOS, MORELOS





LUIS FERNANDO AGUILAR GALVÁN, 8 AÑOS, PUEBLA

más que un pequeño pardillo cantando delante de su ventana; pero hacía tanto tiempo que no había oído cantar un pájaro en su jardín, que le pareció oír la música más hermosa del mundo. Entonces el Granizo dejó de bailar encima de su cabeza, el Viento del Norte dejó de bramar, y hasta él llegó, por la ventana abierta, un perfume exquisito.

—Creo que la Primavera ha venido por fin —dijo el Gigante.
Y saltó de la cama para mirar.

¿Y qué vio?

Vio un espectáculo maravilloso. Los niños habían conseguido colarse por un pequeño agujero de la tapia y estaban sentados en las ramas de los árboles. En todos los árboles que podía ver había

LUIS SAMUEL FLORES LÓPEZ, 10 AÑOS, OAXACA



MARCO ANTONIO NUÑEZ VÁZQUEZ, 11 AÑOS, DISTRITO FEDERAL (IZTACALCO)





JURZEL JULIET ROJO PÉREZ, 11 AÑOS, HIDAIGO

un chiquillo. Y los árboles se alegraban tanto con su vuelta que se habían cubierto de flores y mecían dulcemente sus brazos sobre la cabeza de los pequeños. Los pájaros revoloteaban y gorjeaban de felicidad, y las flores miraban a través de la hierba verde y reían. Era una escena deliciosa; pero en un rincón seguía reinando el Invierno. Era el rincón más alejado del jardín, y allí había un niño pequeño; era tan pequeño que no llegaba a las ramas del árbol; y daba vueltas a su alrededor, llorando amargamente. El pobre árbol seguía todo cubierto de Escarcha y de Nieve, y el Viento del Norte soplabá y rugía sobre él.

—Trepá, niño —decía el árbol inclinando las ramas lo más abajo que podía.

Pero el niño era demasiado pequeño.

Y el corazón del Gigante se emocionó mientras miraba.

—¡Qué egoísta he sido! —decía—. Ahora sé por qué no quería



volver la Primavera. Voy a poner a ese pobre niño en lo alto del árbol, y luego derribaré la tapia, y mi jardín servirá de campo de juego a los niños por los siglos de los siglos.

Estaba realmente apenado por lo que había hecho.

Entonces bajó muy despacio, abrió lentamente la puerta de la entrada y salió al jardín. Pero cuando los niños le vieron, se asustaron tanto que todos echaron a correr, y en el jardín fue otra vez Invierno. El pobre niño fue el único que no escapó, porque tenía los ojos tan llenos de lágrimas que no había visto llegar al Gigante. Y el Gigante se acercó a él sin hacer ruido, y le cogió dulcemente en su mano, y lo puso en el árbol. Entonces el árbol se cubrió de flores, y vinieron los pájaros a cantar en él, y el niño extendió sus dos brazos y se arrojó al cuello del Gigante cubriéndole de besos. Cuando vieron que el Gigante ya no era malo, los otros niños volvieron corriendo, y con ellos llegó la Primavera.

—Ahora este jardín es de ustedes, niños —dijo el Gigante.



AMAR X. SANCHEZ ALDANA, 11 AÑOS, TLAXCALA



AILEY LIZETH RAMÍREZ ARCE, 10 AÑOS, OAXACA

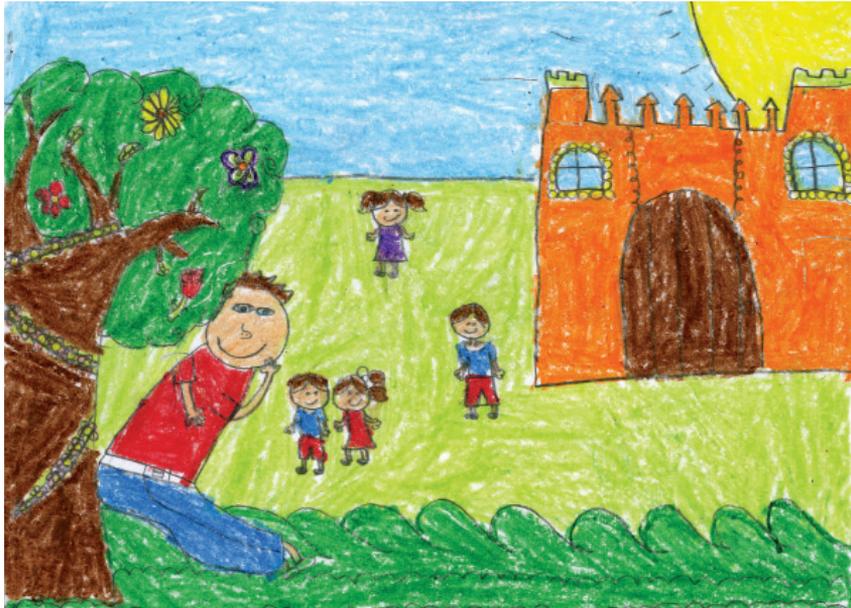
EDUARDO CAVAZOS MOYA, 8 AÑOS, NUEVO LEÓN



MIGUEL MOCNELI GARCÍA BUENO, 8 AÑOS, DISTRITO FEDERAL (BIBLIOTECA DE MÉXICO)



ALEXA ROMINA JIMÉNEZ MARTÍNEZ, 6 AÑOS, DISTRITO FEDERAL (IZTAPALAPA)





Y cogió una maza enorme y derribó la tapia. Y cuando la gente iba a las doce al mercado, vio que el Gigante jugaba con los niños en el más bello jardín que nunca habían visto.

Jugaron todo el día, y al atardecer fueron a despedirse del Gigante.

—Pero ¿dónde está su pequeño compañero —dijo—, el niño que puse en el árbol?

Era al que más quería el Gigante, porque le había besado.

—No sabemos —respondieron los niños—. Se ha ido.

—Tienen que decirle que no deje de venir aquí mañana —dijo el Gigante.

Pero los niños aseguraron que no sabían dónde vivía el pequeño, y que antes nunca le habían visto, y el Gigante se entristeció mucho.

Todas las tardes, una vez terminadas las clases, los niños iban a jugar con el Gigante. Pero no se volvió a ver al niño pequeño al que el Gigante amaba. El Gigante era muy bueno con los niños y, sin



embargo, echaba en falta a su primer amiguito y hablaba de él a menudo.

—¡Cómo me gustaría verle! —decía.

Pasaron los años, y el Gigante se volvió muy viejo y muy débil. Ya no podía jugar; se quedaba sentado en un sillón inmenso, mirando jugar a los niños y admirando su jardín.

—Tengo muchas bellas flores —decía—, pero las más hermosas son los niños.

Una mañana de invierno, miró por la ventana mientras se vestía. Ya no odiaba al Invierno, pues sabía que no era más que la Primavera dormida, y que las flores descansaban.

De pronto, se frotó los ojos de sorpresa. En el rincón más apartado del jardín, había un árbol todo cubierto de blancas flores delicadas. Sus ramas eran de oro; de él colgaban frutos de plata y al pie estaba el niño pequeño que el Gigante había amado.

El Gigante bajó entusiasmado la escalera y salió al jardín. Atravesó corriendo la hierba y llegó junto al niño. Y cuando estuvo a su lado, su rostro se puso rojo de ira, y dijo:

—¿Quién se atrevió a herirte? —gritó el Gigante—. Dímelo, y cogeré mi gran espada para matarle.

—¡No lo hagas! —respondió el niño—; son las heridas del amor.

—¿Quién eres? —dijo el Gigante.

Embargado por un extraño respeto, se arrodilló ante el niño.

Y el niño sonrió al Gigante y le dijo:

—Una vez me dejaste jugar en tu jardín; hoy vendrás conmigo a mi jardín, que es el Paraíso.

Y aquella tarde, cuando los niños llegaron corriendo, encontraron al Gigante que yacía muerto bajo el árbol, todo cubierto de flores blancas.



DAFNE ALEJANDRA CAMPOS MELCHOR, 9 AÑOS, QUINTANA ROO



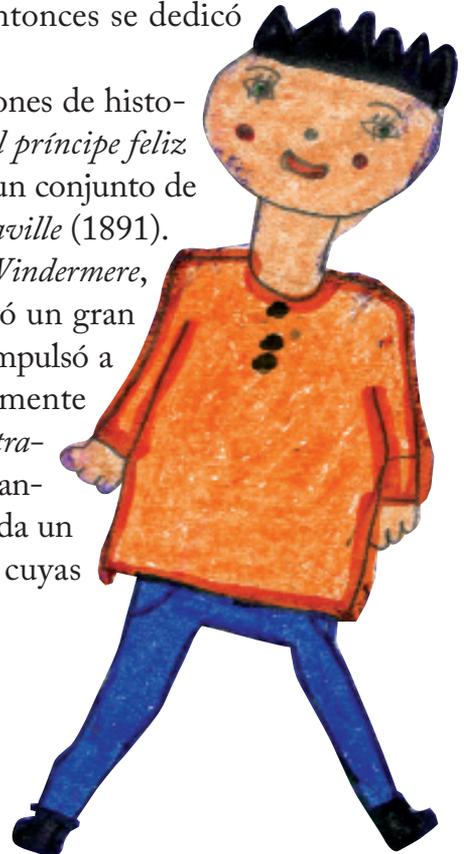
NUBIA PRECIOSA MENDOZ GUERRA, 7 AÑOS, NAVARRI



Semblanza de Oscar Wilde

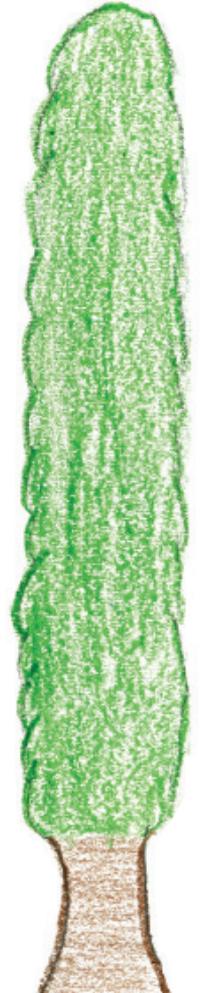
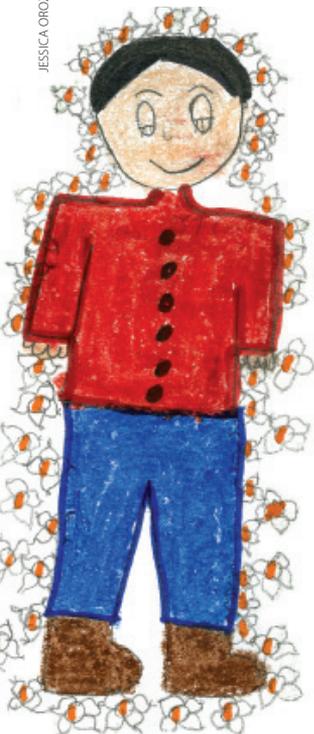
Dramaturgo, poeta y novelista, Oscar Wilde nació en Dublín, Irlanda (1854-1900), donde realizó sus estudios en el Trinity College. De joven solía participar en las reuniones literarias organizadas por su madre —quien era escritora—, y más tarde, siendo alumno de la Universidad de Oxford, destacó en el estudio de los clásicos y comenzó a adentrarse en la literatura. Ganó el prestigioso premio Newdigate en 1878 con su extenso poema “Ravenna” y su primer libro publicado fue *Poemas* (1881), al que después se sumó su obra teatral *Vera o los nihilistas* (1882), la cual se representó por primera vez en Nueva York, ciudad en la que el autor se encontraba por ese entonces, en una larga gira de conferencias por los Estados Unidos. Tras ella, se estableció en Londres y a partir de entonces se dedicó exclusivamente a la literatura.

Entre sus obras se cuentan dos colecciones de historias fantásticas, escritas para sus hijos: *El príncipe feliz* (1888) y *La casa de las granadas* (1892), y un conjunto de cuentos breves, *El crimen de lord Arthur Saville* (1891). Con su obra de teatro *El abanico de Lady Windermere*, presentada en 1892, Oscar Wilde alcanzó un gran éxito financiero y de la crítica, lo que lo impulsó a seguir escribiendo para el teatro. Ampliamente conocida es también su única novela: *El retrato de Dorian Gray*, en la que realiza una brillante crítica a la sociedad de su época. Sin duda un escritor con un gran ingenio y talento, cuyas obras mantienen una vigencia universal.



Identificación de imágenes

- Emma Acuña González, 6 años, Querétaro, pág. 106
Luis Fernando Aguilar Galván, 8 años, Puebla, pág. 99
Mia Alessandra Aguirre Peña, 9 años, Nuevo León, pág. 65
Ana Elvira Alanís Calderón, 10 años, Guerrero, pág. 58
Camila Victoria Alcalá Rosales, 9 años, Quintana Roo, pág. 112
Marisol del Ángel Sánchez, 9 años, Veracruz, pág. 111
Ángel Eduardo Arizpe Carrillo, 10 años, Chihuahua, pág. 72
Paloma Yamileth Arreola Castillo, 11 años, Chihuahua, pág. 44, 47
Cynthia Jocelyn Ávila Mejía, 11 años, Aguascalientes, pág. 71
Cynthia Ávila Santos, 10 años, D.F., Cuajimalpa, pág. 46
María Guadalupe Bello Zamora, 12 años, Tlaxcala, pág. 38, 80, 81
Valeria Beltrán Mejía, 11 años, San Luis Potosí, pág. 62
Omar Guillermo Bernal, 10 años, Hidalgo, pág. 84
Shantal Ilián Cameras del Moral, 12 años, D.F., Biblioteca de México, pág. 54
Dafne Alejandra Campos Melchor, 9 años, Quintana Roo, pág. 108
Alan Alberto Canano R., 10 años, Veracruz, pág. 7
Óscar Giovanni Candelario Lazarín, 12 años, Jalisco, pág. 107
María Fernanda Carreón, 10 años, Tamaulipas, pág. 7, 36, 78
Jacqueline Carrillo Cuevas, 10 años, Quintana Roo, pág. 58
Alexis Yahir Castaneda Mena, 11 años, Durango, pág. 57, 67, 69
Karen Arlet Castrillo Cruz, 11 años, D.F., Iztapalapa, pág. 59
Yanensy Isabel Castro Villa, 9 años, Sinaloa, pág. 37
Eduardo Cavazos Moya, 8 años, Nuevo León, pág. 104
Yesenia Paola Chacón Guerrero, 10 años, Baja California, pág. 109
Yareni Chávez Montoya, 11 años, Sinaloa, pág. 32
Diana Margarita Cobos Macedo, 10 años, Chihuahua, pág. 17
Axel Trinidad Coronado Sanchez, 12 años, Coahuila, pág. 24
Betsaida de la Cruz Alejandro, 12 años, Tabasco, pág. 61
María Isabel Cruz Gracia, 10 años, Tlaxcala, pág. 95
Ana Ofelia Cruz Hinojosa, 12 años, Estado de México, pág. 55
Alexa Marión Delgado Pérez, 9 años, Tamaulipas, pág. 12
Jesabel Margarita Delgado Sánchez, 6 años, Veracruz, pág. 53
Yudah Israel Díaz Alemán, 12 años, Chihuahua, pág. 75
José Luis Estrada Román, 10 años, D.F., Coyoacán, pág. 42
José Farid Fera Ramírez, 7 años, Oaxaca, pág. 28
Brayan Alexis Fernández Balderas, 10 años, Nuevo León, pág. 22
David Jonatan Fernández Rodríguez, 12 años, Hidalgo, pág. 66
Darissa Flores Estrada, 6 años, Hidalgo, pág. 67
Luis Samuel Flores López, 10 años, Oaxaca, pág. 61, 100
Jimena Monserrat Flores Rosales, 7 años, Aguascalientes, pág. 17, contraportada
Carlos Gabriel Fuentes Silva, 12 años, Tamaulipas, pág. 14
Mateo Isaac Galaz Gutiérrez, 8 años, Sonora, pág. 1, 60
Miguel Mocneli García Bueno, 8 años, D.F., Biblioteca de México, pág. 104
Ramsés Emiliano García Galán, 11 años, D.F., Iztacalco, pág. 63
Gael Geraldo Güereña, 6 años, Baja California Sur, pág. 9, 27, 28
Naomi Vidali Geraldo Güereña, 8 años, Baja California Sur, pág. 15
Leslie González Cano, 11 años, Chihuahua, pág. 45
Ricardo González Carapia, 10 años, D.F., Iztapalapa, pág. 64, portada
Juan Julián González Pérez, 10 años, Baja California Sur, pág. 29
Julieta Gutiérrez, 8 años, Jalisco, pág. 18
Jukary Daniela Gutiérrez Caporal, 7 años, Quintana Roo, pág. 20
Rey David Gutiérrez Rojas, 10 años, Sonora, pág. 96
María Fernanda Guzmán Salguero, 6 años, Estado de México, pág. 57





Hannia Hernández Leija, 10 años, Coahuila, pág. 6
Guadalupe Raquel Hernández Xelha, 11 años, Oaxaca, pág. 57, 73
Alejandro Herrero Granados, 11 años, San Luis Potosí, pág. 30
Alexa Romina Jiménez Martínez, 6 años, D.F., Iztapalapa, pág. 104
Evelyn Lynette Jiménez Rubio, 7 años, Hidalgo, pág. 3, 53
Milka Alejandra Juárez Paz, 12 años, San Luis Potosí, pág. 87
Alejandra Leal Angulo, 10 años, Sinaloa, pág. 79
Héctor Ollin López Alcánzar, 10 años, D.F., Iztapalapa, pág. 63
Karola López Hernández, 9 años, Tabasco, pág. 20
Jonathan Gabriel Magallanes González, 12 años, Colima, pág. 55
Jaqueline Silvana Manzano Calderón, 11 años, Guerrero, pág. 66
Enoc Márquez Rodríguez, 8 años, Quintana Roo, pág. 50
Carlos Alejandro Martínez Castillo, 7 años, Coahuila, pág. 5, 33, 34, 39, 51
Juan Fernando Mayo Ramírez, 12 años, Puebla, pág. 68
Lizeth Guadalupe Medina Ruacho, 12 años, Durango, pág. 92, 93
Kensi Azucena Méndez Guerra, 12 años, Nayarit, pág. 35
Nubia Preciosa Méndez Guerra, 7 años, Nayarit, pág. 108
Israel Iván Molina Cid, 5 años, Tabasco, pág. 83
Katlin Marysol Morningstar Bahena, 10 años, Morelos, pág. 2
Mikel Mateo Muñoz Ortiz, 6 años, Baja California, pág. 112
Diego Román Murillo Armendáriz, 9 años, Chihuahua, pág. 23
Karoly Jabibi Nah Hau, 9 años, Yucatán, pág. 26
Linda Mayje Navarro Martínez, 11 años, Nuevo León, pág. 97
Ángel Gabriel Novelo Albornos, 9 años, Yucatán, pág. 19
Marco Antonio Núñez Vázquez, 11 años, D.F., Iztacalco, pág. 100
Manuel Ochoa Jarrillo, 6 años, Tabasco, pág. 37, 40
Georgina Guadalupe Ochoa Lagarda, 6 años, Baja California Sur, pág. 8
Jessica Orozco Núñez, 11 años, Baja California, pág. 110, 111
Jordi Gibrán Peláez Correa, 7 años, D.F., Tlalpan, pág. 13, 16
Jesús Aarón Peralta Márquez, 11 años, Baja California Sur, pág. 86
Larisa Montserrat Peralta Robles, 12 años, Jalisco, pág. 31
Aitana Valentina Pineda Morales, 5 años, Oaxaca, pág. 89
Alely Lizeth Ramírez Arce, 10 años, Oaxaca, pág. 103
Camila Ramírez Rodríguez, 11 años, Veracruz, pág. 58
Xóchitl Rea, 7 años, Guerrero, pág. 94
Camila Reveles Alvares-Tostado, 10 años, Quintana Roo, pág. 4
Melissa Naomi Reyes Muñoz, 11 años, Chihuahua, pág. 49
Juan Roberto Rodríguez Hernández, 10 años, Tabasco, pág. 41, 43, 47
Pilar Rodríguez Mijares, 12 años, Durango, pág. 64
Urzel Juliet Rojo Pérez, 11 años, Hidalgo, pág. 101
Francisco de Jesús de la Rosa González, 10 años, Zacatecas, pág. 77
Amaia X. Sánchez Aldana, 11 años, Tlaxcala, pág. 103
Andrea Solano Olivera, 12 años, Colima, pág. 98
Vannia Julieth Soria Cabanillas, 11 años, Sinaloa, pág. 91
Felipe de Jesús Antonio Soriano, 11 años, Oaxaca, pág. 76
Mara Taboada Jardínez, 7 años, Hidalgo, pág. 88
Abel Isaí Topete Vázquez, 8 años, Jalisco, pág. 52
Karla Valentina Trejo Palma, 9 años, Morelos, pág. 98
Sophia Valenzuela García, 9 años, Durango, pág. 11
Paola Vázquez Marroquín, 11 años, Tamaulipas, pág. 10
Mariana Vázquez Rodríguez, 7 años, Tabasco, pág. 105
Arturo Velasco Muñoz, 10 años, D.F., Benito Juárez, pág. 25
Lilian Denisse Velásquez Martínez, 6 años, Tlaxcala, pág. 21
Karla Daniela Venegas Chávez, 10 años, Aguascalientes, pág. 102
Fátima Villegas Cruz, 5 años, Chiapas, pág. 48



CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES

Rafael Tovar y de Teresa
PRESIDENTE

Francisco Cornejo Rodríguez
SECRETARIO EJECUTIVO

Saúl Juárez Vega
SECRETARIO CULTURAL Y ARTÍSTICO

Fernando Álvarez del Castillo
DIRECTOR GENERAL DE BIBLIOTECAS



Del egoísmo a la generosidad: Oscar Wilde para niños

Beatriz Palacios • EDICIÓN Y COORDINACIÓN

Natalia Rojas Nieto • DISEÑO Y FORMACIÓN

Virginia Sáyago Vergara • PRODUCCIÓN

Javier Ortiz Flores • SELECCIÓN DE TEXTOS

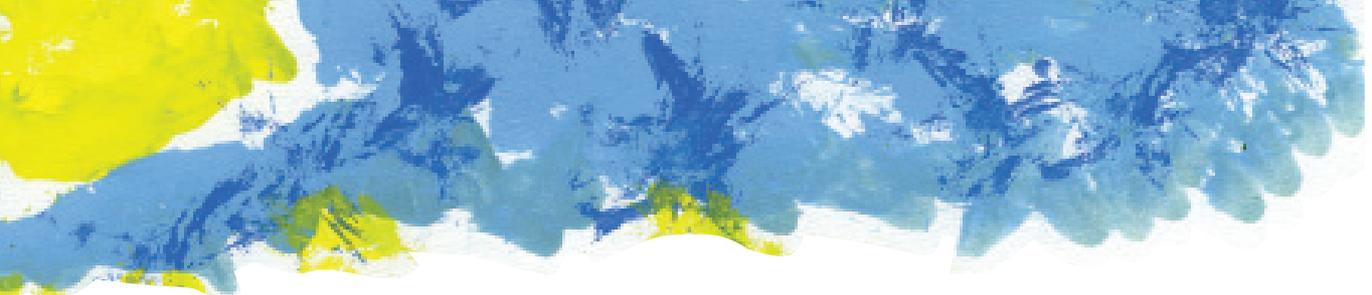
Rocío Villegas Albarrán • SELECCIÓN DE DIBUJOS

Isabel Pérez Castilleja • ASISTENCIA DE COORDINACIÓN



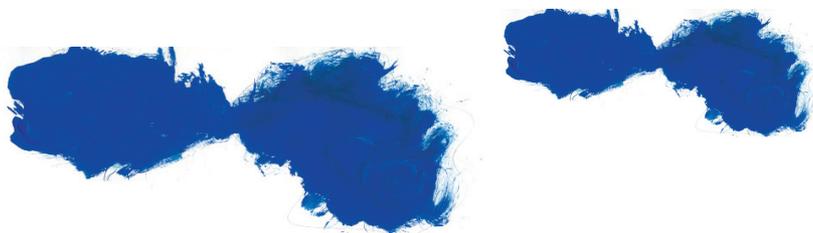
Del egoísmo a la generosidad: Oscar Wilde para niños

se terminó de imprimir en los talleres de Impresora y Encuadernadora Progreso, S.A. de C.V. (IEPSA), en diciembre de 2014. La edición consta de diez mil ejemplares.



Oscar Wilde dedicó una serie de cuentos infantiles a sus hijos, recogidos en los libros *El príncipe feliz* y *La casa de las granadas*, con el convencimiento de que “es deber de todo padre escribir cuentos de hadas para sus hijos, y también para los adultos que aún mantienen las facultades, como los niños, para el asombro y la alegría, y que encuentran en la sencillez una sutil extrañeza.”

Se trata de historias maravillosas en las que el autor retoma valores que van desde la bondad y el amor hasta el egoísmo y la vanidad, y que conducen al lector a la reflexión sobre la condición humana. En este volumen, las historias de Wilde están acompañadas por dibujos de 110 niños entre 5 y 12 años de edad de 29 entidades del país, como un ejemplo palpable y significativo de la creatividad que los pequeños pueden desplegar a partir de su acercamiento placentero a la lectura y al arte.



 **CONACULTA**
DIRECCIÓN GENERAL DE
BIBLIOTECAS

